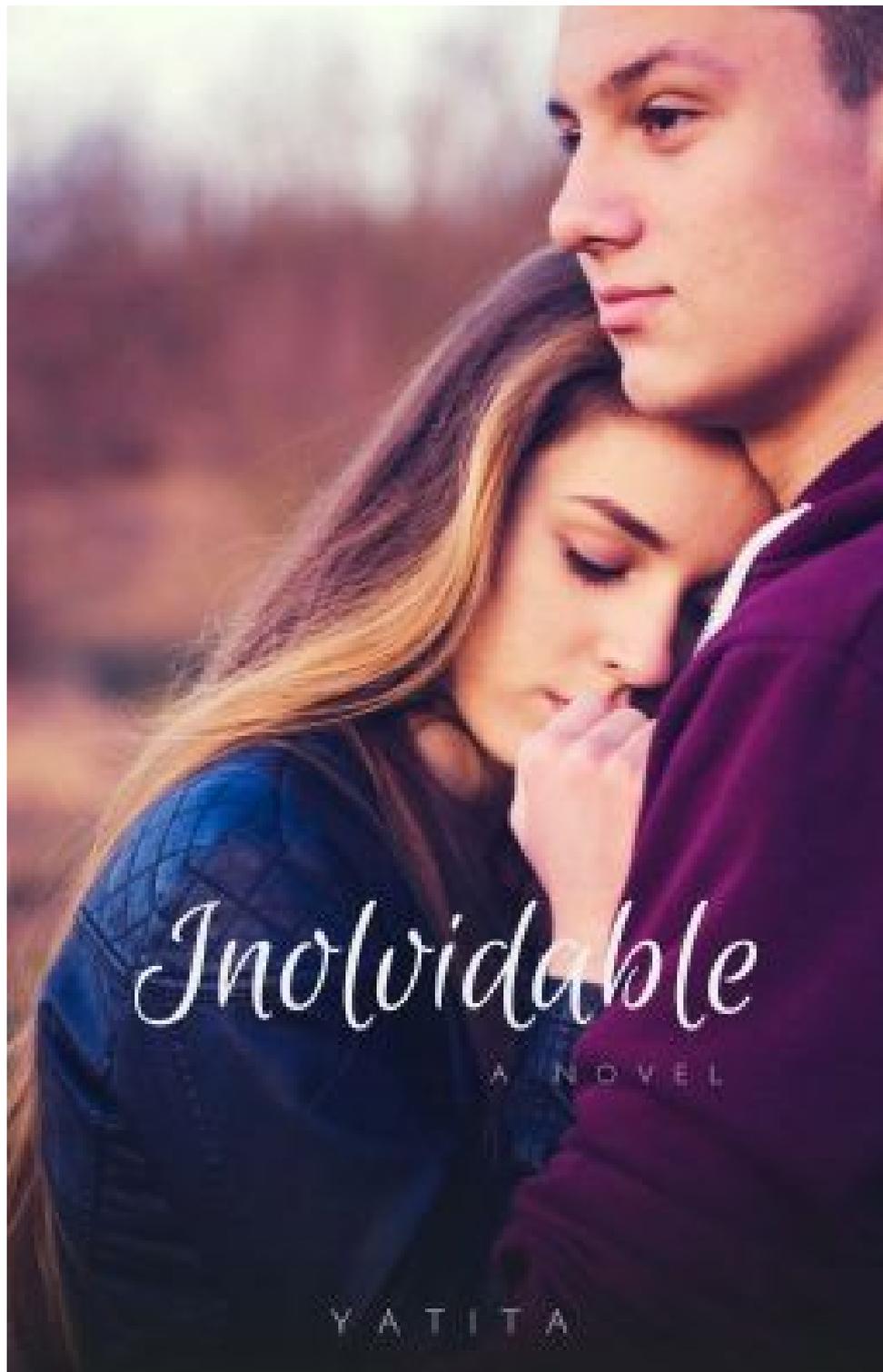


Inolvidable

Natalia Sepúlveda Olguín



Capítulo 1

—Muchas gracias, vuelva pronto —dije con una sonrisa una vez que le pasé la boleta al cliente.

Me senté unos segundos en un piso detrás de la caja registradora para descansar mis adoloridos pies. Sentí una pequeña molestia en mi cabeza, el ruido de la zapatería no ayudaba mucho y algo me decía que en casa sería mucho peor. Ser hija de un científico podía ser una ventaja en el colegio cuando tenía problemas con ciencias, pero ya siendo mayor una se da cuenta de los muchos puntos en contra. Entre ellos, el ruido excesivo que hacía los últimos días para terminar pronto su último trabajo, del cual no había querido dar tantos detalles, con la excusa de que era una sorpresa que cambiaría al mundo.

Un poco de mi paciencia se esfumó cuando escuché a una mujer llamarme con tono molesto. Alcé mi vista para buscar la fuente del sonido y me dirigí a ella.

—¿Si, señora?

—Llevo diez minutos aquí y nadie me atiende.

—Lo siento mucho, en unos segundos le traigo los zapatos, ¿qué número?

—treinta y siete. Eres una negligente.

—Iré a buscarlos y volveré dentro de poco—comenté ignorando lo último—. Ahora, si no tiene otro pedido y me disculpa...

Dejé a medio terminar la oración y a la mujer con la palabra en la boca para ir a buscar a la bodega. Si algo odiaba en el mundo era a los clientes como ella, pero no me quedaba más opción que aguantar, después de todo, me pagaban por atender a personas, por muy quejumbrosas y sin respeto que pudieran llegar a ser.

Cuando la zapatería pudo por fin cerrar, ya había pasado media hora desde que supuestamente acababa mi turno. La realidad era que, por lo general, salía hasta dos horas más tarde porque, con mis compañeros, teníamos que sacar las cuentas de las ganancias del día, dejar contado el dinero, revisar si se había acabado algún modelo o número de zapato y dejarlos todos acomodados donde correspondía. Por lo general el local era un desastre a esa hora después de las mujeres que iban como tifón a ver todo lo que teníamos y se iban sin dejar nada más que el desorden que

nos tocaba limpiar.

Como todos los días salí arrastrando mis pies hasta la parada de buses. Era una ironía que, trabajando en una zapatería con buenos modelos mis zapatillas fueran tan duros como el cemento. El viaje a casa no era tan largo, veinte minutos en los que luchaba por no quedarme dormida sentada ni de pie, que era como me iba casi siempre. Subí en el ascensor hasta el piso siete donde vivía con papá y con voz algo débil avisé que había llegado.

—¿Qué tal tu día, Kemi? —preguntó desde la habitación en la que trabajaba.

—Agotador.

—Qué pena... hay comida en el microondas.

—Ya.

Como la mayoría de las noches, cené yo sola en la mesa para dos de la cocina en silencio. Lo único que escuchaba eran los ruidos que hacía papá en su especie de oficina a la que pocas veces había entrado. Nunca me llamó mucho la atención lo que hacía, prefería pasar tiempo con mamá aprendiendo a cocinar o viendo alguna película, cuando aún la tenía para compartir conmigo.

Preferí alejar los pensamientos negativos lavando la loza sucia, cuando terminé ya eran las once de la noche y papá seguía trabajando en su nuevo proyecto. Creí que no sería bueno interrumpirlo, él ya me había dejado bien claro antes que nunca era un buen momento para sacarlo de sus quehaceres, por lo que me fui a acostar, durmiéndome en el momento que mi cabeza tocó la almohada. Fue una noche sin sueños y, al menos para mí, corta. Era como si en un parpadeo ya hubiese tenido que levantarme para ir a la universidad. Desayuné en la mesa de la cocina yo sola y salí del departamento sin hacer mucho ruido. Papá seguramente estaba durmiendo luego de un largo día y parte de la noche encerrado en su habitación de trabajo.

Me sorprendí a mí misma cuando saqué las cuentas de cuánto tiempo llevaba así, no lo veía en casi una semana a pesar de que vivíamos bajo el mismo techo y es que, cuando yo llegaba era para comer y acostarme mientras él seguía con su proyecto. Al despertarme él dormía y los fin de semana él se levantaba tan temprano como cualquier otro día sin tomarse el descanso que por ley merecía todo trabajador, mientras yo me quedaba dormida hasta más tarde y no notaba cuando papá salía de su habitación, si es que salía. Por un momento deseé tener un padre normal, uno como los de mis amigas que muchas veces comentaban algo que hacían con sus familias, resaltando algo de sus papás. Yo por mi parte en silencio

escuchaba y pensaba en alguna anécdota que contar, pero mi padre era mi única familia y su trabajo lo mantenía más ocupado de lo que debería, alejándolo cada vez más de mí. A veces llegaba a pensar que si nos sentáramos a conversar un día, sería como hablar con un desconocido.

La jornada universitaria pasó rápido entre clases prácticas y teóricas de gastronomía internacional. Cuando terminé a las tres de la tarde me fui directo a casa para avanzar en mi portafolio y otros trabajos que tendría que entregar próximamente, agradeciendo no tener trabajo ese día.

Abrí la puerta de mi casa y, extrañamente, estaba el departamento en silencio, generando desconfianza en mí ya que siempre al llegar oía el sonido de las máquinas de papá. Cerré y dije, como me era habitual:

—Papá, ya llegué.

Algo cayó en el living, por lo que apresuré mi paso y me encontré con un joven levantándose del sofá con semblante asustado. Su piel estaba algo pálida, noté sus manos algo temblorosas cuando, con movimientos torpes, levantó el retrato que botó de la mesa de centro. Sus ojos café oscuro me miraron de pies a cabeza, su cabello castaño rizado estaba desordenado, pero lo que más llamó mi atención fue su ropa. Parecía estar disfrazado de príncipe o de hombre de ¿la colonia? Nunca fui buena en historia como para clasificar de qué época era la vestimenta, pero lo que aquel joven vestía definitivamente parecía un disfraz de obra de teatro. Un terno que parecía haber sido sacado del closet del abuelo, camisa con cuello alto y un bastón en su mano izquierda, aunque este último parecía llevarlo de accesorio, pues su pose era erguida y alta.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz nerviosa, aunque tratando de aparentar seguridad parándose con la espalda recta y sus manos entrelazadas atrás.

—¿Perdón? Yo vivo aquí.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Creo que deberías partir por presentarte tú, ya que eres tú el que está en una casa ajena.

—Qué poco respeto —susurró más para sí mismo que para mí, pero, a pesar de eso, alcancé a oírlo— Me llamo Jorge Sarmiento, señorita.

—Y estás aquí, como porque...

—El señor Cofré me dijo que esperara aquí y que no saliera.

—¿Mi papá?

Exhalé el aire de mis pulmones y me quedé mirando al chico recién presentado como Jorge. Me pregunté a mí misma por qué mi padre habría invitado a un actor a nuestro departamento para luego dejarlo solo sin haberme avisado que podría encontrármelo. Ya sabía que llevábamos días sin vernos el uno al otro, mas esa no era razón suficiente para olvidar que yo también vivía bajo ese techo. Lo ignoré y caminé hasta mi habitación para dejar mi mochila y el bolso donde transportaba los cuchillos que me eran pedidos por mi casa de estudios.

—¿Se ha comunicado contigo? —le pregunté volviendo al living, invitándolo a tomar asiento, pues se había quedado de pie mirando todo a su alrededor mientras yo me fui.

—¿Con quién?

—Con mi papá.

—Creo que es algo difícil considerando que el señor ha salido.

—No tanto si llamas por celular.

—¿Por qué?

—Por celular.

Jorge me miró con confusión, como si le estuviese hablando en un idioma extranjero difícil de comprender. Reí un poco, lo más probable para mí era que se estaba tomando su personaje muy en serio, con el objetivo de mejorar su interpretación para su siguiente obra. Sin embargo aún no encontraba razón para que estuviera en mi departamento, si le hubiese visto con vestimenta normal con una bata blanca debajo del brazo habría encajado mejor con mis explicaciones. No podía evitar preguntar de dónde mi padre conocería a este chico extravagante y extraño.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el televisor plasma sobre el mueble frente a nosotros.

—Vamos, no te hagas el tonto, ya sal de tu personaje y dime por qué estás aquí.

—Señorita, ¿está usted insinuando que estoy mintiendo?

—Ya me estás aburriendo con tu actuación, si tienes que hacer una obra hoy o pronto, por favor, déjala de lado un momento y ten una conversación normal conmigo mientras llega mi papá. Relájate, no todo

en la vida es una nota.

—Es usted una insolente. Es una mujer, debería tener más respeto.

—¿Perdón? ¿Quién te crees...?

Habría continuado con mi discurso de indignación, pero la puerta del departamento se abrió dejando ver a mi papá cargando bolsas de supermercado y una caja de herramientas. Dejó todo en el suelo al encontrarse conmigo y me dedicó una sonrisa nerviosa, cosa poco común en él. Lo noté pálido, con ojeras y un poco más delgado de lo que podía recordar. Los últimos meses trabajando en su nuevo invento habían hecho mella en él y, lo que era peor, él no se daba cuenta de lo mucho que lo estaba perjudicando su forma de vivir.

—Kemi, veo que ya conoces a Jorge.

—Nunca había escuchado ese nombre —susurró el invitado.

—Sí, papá, aunque creo que tenemos cierto tema sin terminar —lo miré con enojo para que supiera que no olvidaba aún su trato hacia mí —. Aun no entiendo quién es él.

—Oh, pues él... ¿Cómo te lo explico, cariño?

Lo miré desde mi asiento con confusión, no recordaba que alguna vez mi padre se hubiese puesto nervioso para darme una noticia. Siempre fue de carácter calmado y tranquilo, personalidad que fue perdiendo luego de la muerte de mi madre, convirtiéndose en el hombre trabajólico y estresado que me costaba reconocer. Una sensación fría recorrió mi espalda y mis palmas sudaron con el miedo que me daba esa nueva faceta de papá. No pude evitar pensar que aquello solo significaba malas noticias, pues así se encontraba cuando me tuvo que decir que mamá murió.

De repente tomó mi mano y me llevó a la cocina, pidiéndole a Jorge que esperara solo cinco minutos ahí. Le ofreció la revista con ofertas del supermercado como entretenimiento y cerró la puerta para hablar a solas.

—Papá, dime de una vez qué sucede, estás actuando muy raro.

—Lo sé, es que no es fácil decir esto —volvió a rascar su nuca, acción que ya comenzaba a colmar mi paciencia —Cariño... ¿recuerdas el invento en el que he estado trabajando este tiempo?

—Sí, aunque nunca me has dicho qué es con exactitud. Solo te limitas a decir que "cambiará al mundo".

—Es que podría cambiarlo... Dios, estoy emocionado porque resultó, pero creo que tenemos un problema —comentó finalmente con preocupación, borrando la sonrisa que por tres segundos estuvo en su rostro, asustándome al pensar que podría estar adquiriendo un trastorno bipolar—. Ese chico es del pasado.

—Tiene una mentalidad del siglo pasado, ya me di cuenta —bromeé—. Es demasiado evidente.

—No, cariño, no es solo la mentalidad. Ese joven es del pasado —dijo remarcando el "es".

—Papá... no juegues —reí nerviosamente.

—No bromeo, mi invento es una máquina del tiempo y funcionó, viajé a los años 1800, tiempo de la colonia y nacimiento de Chile ¿puedes creerlo? Pude haberme tomado una foto con Bernardo O'Higgins... —su parloteo se extendió como sucedía cada vez que se emocionaba con algo, lamentándose de lo que no aprovechó de su viaje. Me vi obligada a detenerlo alzando un poco mi voz y encaminarlo a la razón de la charla: Jorge—. Ah, Jorge. Es un joven demasiado curioso que conocí y... bueno... se coló en mi máquina sin que yo lo supiera y lo traje por accidente al presente. Quise devolverlo antes de que viera algo de ahora, pero la máquina falló, creí que faltaba combustible, sin embargo el tanque está lleno. Revisé el motor y creo que se fundió, así que ahora tenemos que cuidar de Jorge mientras arreglo la máquina para devolverlo a su época.

Lo miré con sorpresa, aquello no lo veía venir. No podía entender cómo podía hablar de un hecho de tal magnitud con tanta simpleza, como si el problema fuera quitar una motita de polvo de un mueble. A través del cristal de la puerta miré al susodicho ¿Qué haremos con un joven con mentalidad de abuelo? ¿Qué haré yo para cuidarlo mientras papá trabaja?

Capítulo 2

Bien, estas serán las reglas —anuncié saliendo de la cocina, encontrándome con un Jorge confundido mientras ojeaba la revista.

—¿Cómo metieron todas estas cosas en las hojas?

Miré a papá con reproche, para que en la próxima ocasión midiera no solo lo que él ganaría, sino que también los riesgos que corría. Si bien ya era tarde y habría que asumir, no estaba de más hacerle saber el error que cometió que lo llevaría a explicarle el mundo a un joven como si de un niño se tratara. Tomé aire profundamente para prepararme para el cuidado de aquel joven que claramente tenía un pensamiento machista de la vida. Pedí algo de paciencia antes de continuar.

—Jorge, te estoy hablando —llamé su atención, obteniéndola casi al instante. Su mirada demostraba su confusión, lo poco que comprendía de todo lo que le rodeaba, dándome algo de lástima al imaginarme cómo se debería sentir en ese momento, por lo que continué con tono más suave—. Sé que no estás acostumbrado aún a todo esto, después de todo acabas de llegar, pero eso no quiere decir que te vas a salvar de las reglas que tenemos aquí.

—La escucho, aunque ¿no debería ser su padre quien las dé?

—Soy la mujer de esta casa, tú un invitado, no veo cuál es el problema con que yo las de —solté el aire que quedaba en mis pulmones y continué—: En primer lugar, a mi habitación no entrarás a menos que yo te dé permiso. Segundo, papá trabaja desde muy temprano hasta entrada la noche, no le gusta mucho que lo molesten, así que ya sabes —advertí—. Tercero, trata de no tocar nada cuyo uso desconozcas, el dinero no abunda aquí como para reemplazar un televisor, microondas o cualquier otro artefacto de alto costo.

—¿Un qué...? —preguntó Jorge como si hablara en un idioma extraño. Mentalmente me di una palmada en la cara al no ser más consciente con el vocabulario que estaba usando.

—Ya te enseñaremos todo lo que necesitas, Jorge —prometió papá con amabilidad.

—¿Algo más que deba considerar, Kemi?

Me fue raro escuchar aquel diminutivo en la voz de un desconocido, pues solo papá me llamaba de ese modo, el resto utilizaba mi primer nombre, Amira. Lo dejé pasar luego de unos segundos dándole vueltas y repitiéndolo en mi mente, tampoco me iba a morir porque un desconocido

acortara mi segundo nombre que solo papá usaba y adoraba.

—No, creo que no.

De pronto la habitación quedó en completo silencio, nadie se atrevía a hablar. Yo aún estaba algo molesta con papá, él estaba incómodo con la situación y Jorge lucía asustado de todo lo que veía, seguramente esperando despertar de esta clase de pesadilla que vive. Sentí lástima de él, no ha de ser fácil llegar a un tiempo en el que todo lo que conocías ha muerto y no existe más. Tal vez su propia tumba está por ahí afuera mientras él estaba ahí conmigo, pensamiento que me hizo sentir un escalofrío recorrer mi espalda. Estaba conversando con alguien que llevaba décadas de muerto.

Un ruido extraño rompió el silencio, avergonzando inmediatamente a Jorge.

—Creo que alguien no ha comido en horas —comentó papá.

—Lo lamento.

—Prepararé algo, yo tampoco he comido —anuncié dirigiéndome a la cocina, tratando de alejar mis últimos pensamientos.

—Estaré en mi cuarto reparando la máquina —continuó papá—. Jorge, cualquier cosa que necesites puedes pedírsela a Kemi. Puede parecerte algo desagradable, pero es muy amable.

—Gracias, señor.

—Llámame Cristián, puedes tratarme de tú.

—Oh, no yo...

—Nos vemos luego —se despidió papá según alcancé a oír.

Jorge volvió a quejarse por algo, quejas que quedaron enmascaradas con el ruido que hacía yo sacando ollas del horno de la cocina. Ya me enteraría luego, por el momento preferí concentrarme en preparar una especie de cena para el recién llegado y, de algún modo, hacerle sentir que no estaba tan solo como pensaba. El susodicho entró por la puerta mirando todo a su alrededor con curiosidad y algo de temor en sus ojos. Le sonreí invitándolo a entrar y sentarse a la mesa para dos en la que solíamos comer mi padre y yo, la cual se nos haría pequeña con la presencia de Jorge, si es que en alguna ocasión papá salía a comer por tener una visita.

Me giré para abrir el grifo del agua y lavar la olla para luego llenarla del líquido, pero un gritito junto con algo caer me hizo girar sobre mis talones para mirar a Jorge, quien en su rostro reflejaba el miedo.

—¿Qué pasa?

—Eso es —tartamudeó.

—Agua, giras esto y sale ¿ves? Luego lo vuelves a girar al otro lado y deja de salir, así de simple —expliqué.

—Brujería.

—No —reí ante su ocurrencia—. No es brujería, es simplemente un sistema de tuberías que trae el agua.

—Si no es brujería ¿entonces cómo funciona? El agua se saca de un poso, no hay otra forma de hacerlo.

—La verdad no lo sé, no lo hice yo. Ya existía cuando nací, supongo que papá podría explicártelo mejor, pero ¿brujería? —Reí con más ganas— Nadie cree en esas cosas desde hace ya mucho tiempo, tendrías que ser un abuelo para hacerlo.

—Yo podría ser tu antepasado.

La sonrisa que antes adornaba mi rostro poco a poco se redujo a una expresión de sorpresa, después de todo era cierto ¿Quién me aseguraba que su familia y la mía nunca se cruzaron? Y sin embargo, a la vez me parecía otra estupidez más creada en su creativo cerebro. Pasó por mi cabeza la opción de que mi padre haya adaptado su máquina para ver a sus antepasados ¿para qué más querría viajar en el tiempo? Eso sería lo primero que yo haría, regresar para ver a los míos. Cierta temor se instaló en mi cabeza, el cual fue interrumpido por la carcajada de Jorge.

—Debiste ver tu cara.

—¿De qué hablas?

—No sé con exactitud si somos parientes lejanos, pero si lo fuéramos y la gente te viera, definitivamente dejaría que te acusaran de brujería.

—¿Qué? ¿Por qué? —mi tono aumentó un poco por la indignación y atrevimiento del chico de tratarme de ese modo en mi propia casa.

—Tu carácter es peor que el de una bruja y la forma en que te vistes no es apropiada para una señorita ¿Dónde se ha visto que las mujeres usen

pantalones y anden por ahí con los brazos descubiertos?

Apreté los labios con enojo sin importarme si me lastimaba, no iba a soportar que un chico cualquiera llegara a mi propia casa para decirme cómo me debo vestir y comportar, ya no se lo soportaba ni a mi padre y no lo haría con él. Mi temperamento empeoró con sus risitas burlescas por mis expresiones, provocando que por mi mente pasaran distintas ideas de cómo abandonar al idiota a su suerte en el centro de Santiago. Podría dejarlo un día en el paseo Ahumada, asustaría a la gente lo suficiente como para ser enviado al hospital psiquiátrico y no volver a verlo nunca. Sin embargo, una pregunta me logró que me abstuviera de poner en práctica mis pensamientos ¿Qué pasaría si él realmente es mi antepasado y por mi imprudencia yo dejo de existir? El recuerdo de las películas de ciencia ficción existentes me invadió y me hicieron llegar a una forma más suave de "venganza".

—Bueno... debes conocer muy bien a las brujas si eres capaz de comparar mi carácter con el de ellas —comencé sintiendo como mi satisfacción aumentaba a cada segundo al ver cómo el rostro de Jorge poco a poco se iba desfigurando.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada cariño. Solo que, si has estado en contacto con una bruja ¿no te convierte eso en un hereje? Oh, por Dios, eres un pecador —resalté la última frase para asustarlo aún más—. Vamos, arrepíentete, arrepíentete.

Su rostro se tornó a uno de miedo, mi pequeña broma había dado resultado. Le di la espalda para continuar con la cocina mientras una sonrisa de satisfacción adornaba mi rostro. Eso le enseñaría a medir sus palabras conmigo y no inmiscuirse en mi vida.

Capítulo 3

Los domingos siempre fueron para mí un día sagrado, no por asistir a la iglesia, sino que para dormir hasta tarde, pues yo no trabajaba dicho día y papá, pese a que en ocasiones seguía con sus proyectos, al parecer lo hacía más relajado ya que no se oían tantos ruidos provenientes de su cuarto. Y es que el nuevo integrante del departamento pronto le sacaría las canas, que a sus cuarenta años, aún no aparecen. El día sábado, el primer día completo con Jorge, fue un desastre tratando de explicarle cómo funcionan los equipos, hacerle entender que no es brujería y que no por ser mujer soy menos que él. Desde cómo usar el baño hasta cómo manejar los controles remotos, todo había que explicárselo y de todo tenía dudas. ¿Dónde estaba la fuente que él usaría como lavatorio? ¿Por qué tenía que usar la misma que papá y yo? ¿Para qué servía ver televisión? ¿Dónde están las personas que se ven en la pantalla?, entre otras que ya no podía recordar y tampoco responder.

Paciencia es lo que necesité, la fuerza la deseché para evitar golpearlo tan fuerte y darle trabajo al dentista cesante del piso de arriba. Pese a todo, era inevitable sentir cierta lástima por él, después de todo no era su culpa el no comprender este "futuro". Así, cuando la frustración de no comprender después de tantas explicaciones y ver todo lo que le quedaba por aprender lo consumió, no pude evitar abrazarlo para calmarlo un poco.

—Es que no lo entiendo, todo aquí es tan diferente y no hay nadie aquí. Mi madre, mi hermano, Elena, nadie —balbuceaba entre sollozos, dejándome a mí desarmada al no saber qué hacer, cómo consolarlo. De cierto modo conocía el sentimiento de no tener a nadie en quien apoyarte para enfrentar una nueva realidad, aunque no sabía cómo explicárselo y cómo conversarlo con alguien a quien acababa de conocer.

Las lágrimas caían sin fin por sus mejillas y su cuerpo se sacudía con los sollozos que trató de reprimir en vano. Mientras intentaba calmarlo no pude evitar ponerme en su lugar, ya que por mucho que yo hubiese tenido sentimientos similares en el pasado, no sabía qué se sentiría verme de pronto en un lugar desconocido con personas que nunca antes había visto y tener que adaptarme a un mundo nuevo. Mis ojos se estaban llenando de lágrimas también cuando Jorge arruinó la poca estima que le había tomado en esos minutos.

—Es de mala educación abrazar a un hombre sin la presencia de un familiar que cuide de ti—me regañó luego de alejarse de mí avergonzado, mientras limpiaba los rastros de lágrimas de sus mejillas.

—No veo nada de malo en abrazar a una persona que necesita consuelo, además ¿qué edad crees que tengo? A penas voy a cumplir veinte, es muy

temprano para casarme.

—Yo diría que es muy tarde, mi madre se casó a los quince y me tuvo a los dieciséis.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1834.

—Bueno, eso fue en 1834, hoy estamos a 2016 y las cosas han cambiado, jovencito.

—Soy mayor que tú, no me trates como si fuera un niño. Estoy por cumplir veintitrés.

Estuve por corregirlo diciendo que en realidad son más de cien años los que tiene y probablemente ya estaba muerto hace mucho, pero me había costado consolarlo como para añadir más razones por las que derramar lágrimas y volver a empezar. Preferí morderme la lengua y cambiar de tema. Cociné a su gusto la cena, maravillándolo con la utilidad de la cocina a gas, el microondas y el refrigerador.

—Es como si hubieran atrapado el invierno ahí dentro —comentó cuando abrí el freezer.

Sin embargo, la paz no es eterna y basta con que alguien arroje una piedra para espantarla. Esa mañana de domingo no la tiró literalmente, pero me despertó a las nueve de la mañana, demasiado temprano para mí, preguntando a qué iglesia iríamos.

—¿Por qué iríamos a la iglesia? Falta todavía para el aniversario de mi mamá —le dije somnolienta, dándole la espalda y tapándome con mis mantas.

—Porque es domingo y tenemos que ir a encontrarnos con Dios porque así lo quiere. Debemos ir todos los domingos.

—Hace años que solo vamos cada 12 de junio.

—Pécora —me llamó con cierto espanto ante mi respuesta.

—Lo que digas —dije restándole importancia.

Escuché que cerró la puerta de mi habitación y suspiré con alivio al saberme sola en mi dormitorio de nuevo. Tomé nota de regañarlo por entrar sin permiso a mi habitación cuando fuera una hora decente, al menos para mí, para levantarme. Me dispuse a seguir durmiendo, pero mi sueño volvió a ser interrumpido cuando, en esta ocasión, entró papá a mi

cuarto.

—Kemi, acompaña a Jorge a la iglesia —pidió sacudiéndome del hombro.

—¿Por qué? Sabes que no me gusta ir —respondí con tono quejumbroso.

—Kemi, por favor —suplicó con voz cansada. La forma de ser de Jorge también estaba sobrepasando sus niveles de paciencia usualmente altos, a lo que se sumaba la responsabilidad que debía sentir por reparar la máquina del tiempo para devolver a Jorge a su época.

Suspiré con pesadez y lo miré con molestia, esperando que me dejara quedar y hacer a Jorge acostumbrarse a nuestras costumbres, las que no incluyen la iglesia todos los domingos. Me levanté de todos modos porque sus ojos cansados parecían suplicarme hacer esa acción. Así fue como a las doce en punto yo estaba entrando a la iglesia junto a Jorge vestido con la ropa de papá. Llevarlo fue una odisea, que entendiera que no podíamos andar a caballo en Santiago fue peor.

—Yo no me voy a subir a esa cosa, ¿cómo es posible que se mueva sola? Es un monstruo, ¿Qué no escuchas cómo ruge? —preguntó Jorge escandalizado cuando vio pasar los autos en la calle y las micros.

—Vas a tener que subirte si quieres ir a la iglesia porque yo no voy a caminar hasta allá, es muy lejos —Le respondí yo con tono firme para que entendiera mis condiciones. Por un momento me alegré que él se negara tanto, porque de ser así podría devolverme al departamento y explicarle a papá que llevar a Jorge a la iglesia fue imposible.

—¿Y un caballo? —propuso esperanzado.

—Son caros y no se pueden usar en las calles, podrías provocar un accidente. Así que, te subes o nos devolvemos, así de simple —le dije con voz firme, esperando que decidiera devolverse.

Media hora después nos bajamos frente al templo más cercano con un Jorge mareado y piernas temblando por el miedo que le daba el movimiento del bus oruga del transantiago*. Solo a mí se me ocurría sentarlo en los asientos que miran hacia atrás la primera vez que se subía a una micro. La gente que pasaba nos miraba de manera extraña, pero en ese momento no me importó, realmente me sentía preocupada y culpable por el chico.

—De regreso mejor te llevo en metro y caminamos un poco más, eso será menos terrible, se mueve menos —propuse.

—¿Metro? Hasta donde yo sé eso es una medida —contestó confundido mientras tomaba aire para pasar el mareo, dejándose caer sobre una

banca fuera de la iglesia, mientras dentro los presentes rezaban a la espera del padre.

—Ya no es solo eso... tranquilo, ya te lo explicaré. ¿Te sientes mejor?
—Asintió—. Entremos, ya va a empezar la misa.

Le di mi brazo para que se afirmara de él, pero lo rechazó y acomodó para que lo enrollara en el suyo en forma de L. Sentí cierto rubor en mis mejillas, no acostumbraba caminar así con un chico, pero lo dejé pasar, después de todo en ese momento él no se encontraba en el mejor estado. Entramos a la iglesia que no estaba ni a la mitad de su capacidad, situación que causó sorpresa en Jorge. Evidentemente las creencias religiosas han cambiado mucho desde su época. Tomamos asiento y escuchamos al sacerdote, o al menos él lo hizo. Traté de prestar atención lo más que me fue posible, cada cierto tiempo mi mente volaba a cualquier otro lugar, desconcentrándome de la prédica. Las oraciones eran recitadas por todos, Jorge lo hacía en un volumen algo alto, mientras yo murmuraba en un intento por fingir que sabía de qué iba la cosa y resaltaba el amén para que no se notara mi falta de fe. Sentí alivio cuando ya nos estábamos dando el saludo de la paz en un incómodo abrazo, porque eso significaba que la misa ya terminaría.

—La paz —susurró en mi oído mientras me abrazaba a medias, nuestros cuerpos casi no se rozaban.

—La paz —respondí incómoda por la cercanía.

Cuando salimos de la iglesia lo guie hacia la entrada del metro más cercano. De camino hasta la estación, su rostro mostraba la sorpresa que lo invadía al ver la altura de los edificios, la forma de vestir de la gente, los automóviles y todo lo que había cambiado el mundo.

—¿Por qué las casas son tan altas ahora?

—No todas son "casas" —hice comillas aéreas—. Algunos edificios pertenecen a compañías, negocios y otros son para vivir, pero no es todo el edificio una casa. Está dividido en muchos departamentos.

—¿Qué es un departamento? —preguntó con confusión mientras desviaba su mirada de un auto a mí.

—Como una casa, pero pequeña, sin patio... en uno de esos edificios —señalé uno al azar—. Papá y yo vivimos en un departamento y ahora tú vives con nosotros también en uno.

—¿Y suben las escaleras hasta allá arriba? —se escandalizó, seguramente

pensando en todo lo que tendría que subir.

—Solo cuando el ascensor está malo. Nosotros las bajamos porque no es tan pesado hacer eso, pero de regreso usaremos el ascensor.

—¿Y qué es un ascensor?

"Parece un niño de dos años y no un adulto" pensé y suspiré con pesadez. Si las cosas seguían a ese ritmo, el tiempo que él estuviera con nosotros sería eterno por la cantidad de preguntas que hacía.

Capítulo 4

La puerta del ascensor se abrió y yo salí de él con la bolsa del pan colgando de mi mano. Papá había salido a comprar algunas piezas que necesitaba para la máquina que esperaba que fueran las correctas, por lo que Jorge se había quedado solo en el departamento. Le había dado instrucciones de no tocar nada cuyo uso desconociera, le prendí el televisor y le entregué el control remoto para que se entretuviera mientras yo me ausentaba y esperaba encontrarlo así, como buen niño obediente. Por eso me sorprendí cuando, al llegar a la puerta, un charco de agua salía por debajo de esta. Al sentir que chapoteaba abrí rápidamente y entré a mi hogar, encontrándome con todo el piso mojado.

—¿Qué rayos?... ¡Jorge!

Caminé lo más rápido que pude resbalándome en un momento, pero alcanzando a recuperar la estabilidad antes de caer. Se escuchaba del baño la ducha, pero no el sonido que hace normalmente cuando cae en la tina, era un ruido más alocado, como si alguien peleara con ella. Cuando me asomé por la puerta del baño me encontré con el chico mojado de pies a cabeza, luchando con la ducha sin saber en qué posición ponerla para que no siguiera cayendo agua donde no correspondía. Cómo había terminado así, ni me lo imaginaba, en ese momento mi prioridad era acabar con todo ese desastre.

—¿Qué haces? —pregunté escandalizada.

—No puedo cerrarla, ¿cómo se apaga?

Dejé la bolsa del pan sobre la mesa del comedor y volví para ayudarlo, mojándome también en el intento. Me quejé al sentir el agua caliente una vez que cerré la del agua fría, pero, luego de mucho esfuerzo, el flujo se detuvo y quedé ahí, entre la ducha y el suelo del baño con mi ropa goteando. Respiré hondo en un intento por tranquilizarme y no gritarle al chico, mas fue inevitable no hacerlo una vez que me giré y vi el desastre que había. Agua en el suelo, el espejo salpicado, gotas resbalando por la pared, el papel confort inutilizable y no quería imaginar cómo estaba el resto del departamento si el charco llegaba hasta la entrada.

—¡¿Pero qué mier*a haz hecho?!

—Yo solo quería...

—¡Nada! —Lo corté y vi cómo miraba al suelo avergonzado, aquello me impedía ver su rostro—. ¡Te dije que si no sabías cómo se usan las cosas, no las usaras! ¿Por qué no esperaste a que llegara papá para que te ayudara a regular el agua? —Hice una pausa para tomar aire y esperar a

que respondiera algo, pero su silencio y mirada gacha se mantuvieron, aumentando mi enojo—. ¿Eres tontito, acaso? ¿No entiendes lo que te digo?... ¡Respóndeme!

—Lo siento... —murmuró.

—¿Lo sientes?... Ya, está bien, siéntelo, pero ahora ¡¿cómo limpio todo este desastre?! ¿Crees que no tengo nada que hacer?

La rabia poco a poco comenzaba a bajar para ser reemplazada por el estrés y desesperación de saber los trabajos que debía terminar para la universidad y el tiempo que había gastado ya en mi trabajo y el que perdería limpiando el departamento. Una lágrima estaba por caer cuando noté que por el rostro de Jorge ya corrían dos, y no eran del agua que escurría su cabello. Respiré hondo una vez más y hablé más tranquila:

—Oye... no llores... mejor limpiemos esto —propuse sin saber bien cómo tratar al chico, la primera vez que lo vi llorar y lo abracé terminamos en una situación algo incómoda, a lo que se sumaba que nunca antes de él había estado con una persona que se echara a llorar frente a mí, por lo que no sabía bien cómo consolarlo. La situación me incomodaba más de lo que debería.

—Es que enserio lo siento —confesó ya mirándome a la cara. Su rostro lo decía todo, sus mejillas y ojos estaban rojos y en ellos pude ver la tristeza e impotencia que sentía. Una presión en el pecho me hizo dar cuenta de lo culpable que me sentía por mi trato a él. —Estoy cansado de depender de ustedes para hacer todo, pero es que es tan diferente este mundo al mío... y no lo entiendo.

—Jorge...

—No volverá a pasar, lo prometo. Aprenderé bien antes de usar algo más.

Sus ojos con sus disculpas sinceras fueron un balde de agua fría, más que el frío que ya me invadía por mi ropa mojada. Me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos sintiendo de pronto pena y lástima por él, poniéndome en su lugar y lo difícil que me sería vivir en un mundo que no logro comprender, lejos de toda persona que conocía y, lo que es peor, lo que sería vivir con alguien como yo. Correspondió mi gesto y me estrechó aún más a él, sorprendiéndome en un principio, pero me dejé, sabía que necesitaba consuelo. Nos quedamos así unos minutos hasta que le propuse cambiarnos de ropa y luego limpiar.

Nos fuimos cada uno a su habitación y nos secamos y cambiamos de ropa, para luego juntarnos en el pasillo y comenzar a secar todo con los paños y ropa vieja que estaba destinada a ser regalada. Sentí algo de culpabilidad,

ya que la familia para la que estaban consideradas esas prendas ya no las recibirían, me consolé pensando que ellos aún no sabían que les regalaríamos la ropa, y como dicen, ojos que no ven, corazón que no siente.

—Bien, tú empieza con el living, yo me iré hacia las habitaciones y luego terminaremos con el baño, ¿te parece? —le propuse a Jorge, quien todavía estaba lo suficientemente afectado como para responder con palabras, por lo que se limitó a asentir.

Arrastrando el paño con mi pie sequé el suelo del pasillo, doblándolo y dándolo vuelta de vez en cuando. Limpié la entrada a mi habitación, saqué la bajada de cama al balcón y terminé de secar, agradeciendo que no haya más daños. No pude decir lo mismo de la habitación donde mi padre trabaja, pues algo de agua había llegado a la máquina y se concentraba en su base. Pasé un trapo seco por todos los lugares que pude, tratando de no estropearla más. Era un armazón bastante grande, una especie de cilindro del tamaño suficiente para que quepan dos personas estaba unida al tablero que había construido con un computador viejo que yo ya había desechado y no le veía un gran uso.

La puerta de la cápsula estaba abierta y no pude evitar pararme ahí dentro. El espacio parecía pequeño, pero lo suficiente como para estirar un poco los brazos. Imaginé a Jorge acurrucado hacia un lado, pero no importó de cuántas formas pensé en que pudo viajar, sería difícil pasar inadvertido en un espacio reducido. De cualquier forma en que lo haya hecho, papá lo debería haber notado y no ser sorpresa encontrárselo aquí.

—¿Cómo lo hiciste, Jorge?

El miedo a que de pronto la máquina sí funcionara fue lo que me llevó a salir y continuar con lo que estaba haciendo. Terminé de secar y comencé a idear una mentira para papá sobre porqué su invento de pronto estaba mojado. Estaba en eso cuando me di cuenta de que la humedad probablemente empeoraría la situación, dificultando su reparación y requiriendo más repuestos. Eso quería decir que las piezas que papá traería cuando vuelva las usaría, mas no serían suficientes para devolver a nuestro invitado esa misma noche como habíamos esperado. Eso significaba que estaría más tiempo con nosotros y papá estaría aún más días pensando cómo reparar su querido invento que tantos problemas nos había traído hasta ese momento.

Maldije en mi interior, Jorge no me caía mal, pero sabía cómo colmar mi paciencia y qué mejor ejemplo que el desastre que acababa de hacer después de diez minutos solo en el departamento. Cientos de situaciones pasaron por mi cabeza, un incendio, una segunda inundación o él perdido por Santiago. Mis niveles de estrés aumentaron al pensar en todos los

problemas que traería este chico y que tendría que resolver yo, en los trabajos que ya se avecinaban de la universidad y en mi mismo empleo con mujeres que llegaban a probarse cientos de zapatos y no llevaban ninguno. Las ganas de volver a gritarle a Jorge regresaron, pero supe contenerme para no asustarlo ni bajonearlo más de lo que ya estaba.

Me dediqué a terminar de secar el pasillo, estaba empezando con el baño junto a Jorge cuando llegó papá y se sorprendió al vernos limpiar juntos y sin tirarnos algún tipo de insulto. Si bien Jorge me caía bien, eso no quitaba que a veces discutiéramos, él llamándome bruja por hacer funcionar los aparatos electrónicos y hacer magia y yo llamándolo abuelo por su actitud tan del siglo pasado.

—¿Y a ustedes qué les pasó? —preguntó papá.

—Nada... solo limpiamos —respondí simplemente antes de que Jorge se metiera.

—Bueno... espero que ahora se lleven mejor, aunque ya pronto te irás Jorge —le sonrió alegre al chico.

—Sí... me alegro —contestó el susodicho, pero no con el tono feliz que papá y yo esperábamos.

Papá no le prestó mayor atención, siempre era así, y se dirigió a su cuarto de trabajo para ajustar las piezas que recién había comprado, pero así de rápido que se fue, volvió al baño.

—¿Quién entró a mi habitación y mojó todo? —preguntó con el tono serio y enojado que casi nunca utilizaba.

—Nadie... yo... entré a secar —respondí con cierto temor.

—¿Y por qué mojaste, Amira?

Papá nunca usaba mi primer nombre, solo cuando estaba enojado, lo que no sucedía con frecuencia, solo en momentos en los que le llevaba lo contrario, como el día en el que se enteró de lo que quería estudiar. Fuera de eso, siempre me llamaba Kemi y con cariño, así había sido desde que tenía memoria, por lo que el escucharlo pronunciar esa palabra aumentó mi miedo y retrocedí un par de pasos, quedando levemente oculta por Jorge quien, al ver la situación, decidió tomar la palabra.

—No fue culpa de Kemi... fue mía, no supe usar la ducha... lo siento mucho, señor.

La respiración de papá fue honda y sonora para bajar un poco su enojo. Nos miró con rabia y se marchó, dejándome más dolida que si me hubiese

regañado realmente. Continué secando el piso sintiendo mi rostro arder y las lágrimas caer por mis mejillas por el trato que acababa de darnos papá, pasando de ser el hombre tranquilo y cariñoso que es a el tipo que acababa de mostrar. Cuando ya casi no lograba distinguir las cerámicas del piso por las lágrimas que nublaban mi visión, un par de brazos me rodearon por la cintura y la voz ronca de Jorge me dijo al oído.

—Ya se le pasará ¿sí? No está enojado contigo, lo está conmigo, así que tranquila, que todo estará bien.

Esa fue la primera vez que agradecí tener a Jorge en la casa, porque fue la primera vez en mucho tiempo que lloré con alguien consolándome.

Capítulo 5

Cuando mamá estaba viva, solíamos compartir los tres los fin de semanas, papá pasaba más tiempo fuera de su cuarto de trabajo que encerrado y las comidas se compartían sentados a la mesa. El departamento se llenaba de nuestras risas y, si algo afectaba a alguien, mamá siempre fue el sostén. Me consolaba cuando tenía pena y calmaba cuando me enojaba, sabía todos los trucos para mantener mi ánimo. En las mañanas salíamos los tres, ambos me llevaban al colegio y me dejaban en la puerta con un beso en la mejilla y un abrazo, ellos planeaban el futuro con más hijos, pero todo se perdió cuando un carabinero golpeó la puerta de nuestro departamento para avisar a papá que a un hombre se le había ocurrido beber esa tarde y salir a conducir, pensando sólo en él y no en quienes lo rodeaban, llevándose la vida de mi madre en un paso de cebra.

—Lo siento —fue todo lo que dijo el uniformado antes de marcharse, dejando a mi padre ido y a mí con la duda de si hablaba de mi madre o se habría equivocado de mujer. Con el tiempo supe que ese día no solo perdí a mamá, una parte de papá se fue con ella y no volvió jamás.

—Papá —logré murmurar con miedo al ver cómo su rostro se desconfiguró por completo y la palidez empezaba a dominar su piel.

—Amira, ve a tu habitación, ya hablaremos —dijo con tono sombrío mirando a la nada.

—Pero...

—Ve a tu habitación, después hablamos —fue su tono seco el que me hizo obedecer

Desde ese día, las comidas compartidas se transformaron en solitarias, el silencio que antes se llenaba con risas se comenzó a llenar con la televisión, lo único que hacía ruido para no molestar tanto a papá que se encerró más de lo que debía en su cuarto para trabajar, mientras yo me encerraba en mí misma. Supo cómo mantenerme económicamente hasta que terminé el colegio y lo seguía haciendo mientras estudiaba pese a los problemas que tuvimos cuando supo qué quería yo para mi vida, pero no supo cómo sostenerme emocionalmente, razón por la que mi cuarto se volvió mi espacio personal en el que me desahogaba, aprendiendo así a ocultar mi dolor hasta que me encontraba entre esas cuatro paredes. Odiaba que alguien entrara aparte de mí, pero Jorge supo cómo romper esa regla sin molestarme tanto.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó con voz tierna mientras nos sentábamos en mi cama, a lo que me limité a asentir—. Eso es bueno...

¿necesitas algo?

—No... gracias, Jorge.

—No hay nada que agradecer, yo debería agradecerles a ustedes el darme un lugar donde vivir mientras vuelvo.

El chico me sonrió, dejándome un poco descolocada. Era la primera vez que lo veía con ese gesto en su rostro y me gustó cómo le quedó, era una curva que llegaba hasta sus ojos que lucieron más brillantes y bonitos. Después de que él se marchara me regañaba a mí misma por no haber respondido correctamente a lo que él dijo, por haberme quedado muda en una situación así y con un chico que conocía de apenas un par de días. Mis mejillas ardieron bajo mis manos por la vergüenza y tuve que ponerme de pie y dar algunos pasos para calmarme un poco.

—Yo terminaré de limpiar, tú descansa, ya hiciste mucho por mi torpeza —dijo él rompiendo el silencio.

—Ahh... ah, sí... gracias...

Me llamé a mí misma tonta ante el recuerdo, mientras me preguntaba también como era posible que tuviera ese tipo de reacciones si ya era adulta.

—Kemi, ya no tienes dieciséis —me recordé en un susurro.

Suspiré y me senté a mi escritorio prendiendo mi computador para dedicarme a mis trabajos universitarios, así al menos me distraería del enojo de papá y lo recién ocurrido. Abrí una ventana de internet y me dispuse a navegar, sin embargo por más que intenté cargar la página, no resultó, diciéndome el navegador que no estaba conectada. Revisé mi conexión y no lograba encontrar mi señal Wifi.

—¿Papá habrá pagado la cuenta del internet?

Si la situación hubiese sido otra, habría tocado a su puerta y le habría preguntado si estábamos al día con el pago del servicio, pero como estaba enojado, y con buenos motivos, me limité a buscar una y otra vez la señal en el computador. Llevaba así diez minutos cuando me rendí y salí de mi habitación a revisar el módem y grande y desagradable fue la sorpresa que me llevé al verlo en su lugar de siempre pero mojado. Las luces que normalmente prenden estaban apagadas y un pequeño olor a quemado se sentía una vez que levanté el aparato. Lo desconecté de la corriente eléctrica, dejé con brusquedad en su sitio y pasé las manos por mi cabello con desesperación. Tenía demasiados trabajos para esa semana como para desperdiciar el tiempo de ese modo. La desesperación volvió a surgir.

—Kemi, ¿buscas algo? —Preguntó inocentemente Jorge a mi espalda mientras cerraba la puerta del baño. Supuse que ya había terminado de limpiar y mi enojo aumentó al pensar que el culpable de todos mis pesares era él. No tenía internet y no podría avanzar, papá estaba enojado y había gastado tiempo limpiando porque a él se le había ocurrido abrir la ducha.

Una idea se cruzó por mi mente, noté que algo cruel una vez que la puse en práctica, aunque útil y brillante en el momento. El escuchar esa voz me recordó quién había sido el culpable de que todo eso pasara, despertando aún más la ira en mí. Poco me importó que minutos antes él haya sido quien me consolara y me diera algo de ánimo, necesitaba cobrar venganza de una vez por todas.

—Sí, el wifi —respondí reprimiendo una pequeña risa.

—¿Qué es eso? —Cuestionó él confundido.

—Algo muy importante que necesito para mis trabajos de la universidad —seguí yo con los dientes apretados mientras me ponía de pie—. Se me cayó el internet...

—¿Lo ayudaste a levantarse?

—Para eso necesito wifi.

—Y no lo encuentras —continuó Jorge como si sacara conclusiones. Me dio algo de lástima su inocencia con respecto al tema, pero mi enojo era más grande. Si se quedaba en el departamento lo habría terminado matando, al regresar a mi dormitorio y ver el dinosaurio que indicaba la falta del servicio puso mis nervios de punta y calentó aún más mi cabeza—. ¿Quieres que lo vaya a buscar yo?

—Oh, no quisiera molestarte —fingí modestia.

—No es nada, ahora mismo empiezo. Ve a tu cuarto e intenta avanzar con tus trabajos, yo me hago cargo de esto.

—¿En serio? —Pregunté un poco sorprendida por su amabilidad.

—Sí.

—Bueno... si tú lo dices.

Me dirigí a mi dormitorio donde me senté frente al escritorio intentando avanzar algunos de mis trabajos, aunque con dificultad al no poder buscar

información en internet. Los minutos pasaban y yo me mantenía sumida en mi tarea, evitando recordar al culpable de todo, hasta que dos toques a mi puerta me hicieron perder mi concentración. En el umbral estaba papá de brazos cruzados mirándome con semblante serio.

—¿Dónde está Jorge?

—Por ahí, en la cocina, el living...

—No, no está.

—¿Cómo?

—Que no está Jorge, ¿qué le hiciste?

Recordé su ofrecimiento y miré la hora, desde entonces había pasado ya tres cuartos de hora y la sensación de culpabilidad y preocupación me empezó a embargar. Él se había ofrecido para buscarme internet sin saber que para ello no había más remedio que llamar a un técnico, sin embargo por el enojo del momento lo dejé a su suerte. ¿A dónde habrá ido en busca del servicio? La imagen de él en la calle y perdido no hizo más que aumentar mi miedo. ¿Y si creían que estaba loco y lo enviaban al psiquiátrico? ¿O si tuvo un accidente al no estar acostumbrado al tráfico vehicular de Santiago y no saber bien aún cómo cruzar la calle? Por fuera él ya era un adulto, mas en la práctica no era más que un niño pequeño.

Mi rostro debe haber alarmado a papá, pues a paso apresurado salió del departamento a buscar a Jorge. Tardé un par de segundos en caer en la cuenta de que yo debería hacer lo mismo y lo seguí intentando alcanzarlo. Ni siquiera me importó no haberme puesto zapatos, salí corriendo tras él, tomamos el ascensor y nos dirigimos al guardia del edificio. En una primera instancia no había entendido por qué, pero cuando papá le preguntó al hombre si había visto salir a un joven con las características de Jorge, lo comprendí. Cuando negó con la cabeza sentí que el alivio me envolvía, entonces habría dos opciones: Jorge seguía en el edificio o había salido sin que nadie lo viera, algo poco probable.

Volvimos a entrar sin saber bien por dónde comenzar, hasta que subimos al ascensor y escuchamos a un par de mujeres de mediana edad hablar sobre un tipo raro que buscaba "a wifi".

—Creo que estaba un poco trastornado, hablaba del internet como si fuera una persona —comentó una.

—Sí, creo que debería hacerse ver por un especialista —convino la otra. Mis ojos se abrieron de golpe, hablaban de Jorge. Por un momento me sentí ofendida y enojada con ellas, sabía que el chico era algo ignorante,

mas no estaba loco, por mucho que en ocasiones pareciera que sí.

—Disculpen, señoras, ¿en qué piso estaba ese joven? —Las interrogó papá.

—Cuando yo salí estaba en el tercero... no deberían acercarse a él, es raro.

Sin perder más tiempo agradecemos a las señoras la información y nos bajamos en el tercer piso donde fue la última vez que lo vieron. Y ahí estaba conversando en la puerta de un departamento con una mujer claramente asustada por Jorge, quien explicaba que buscaba a wifi porque el de casa desapareció.

—Es importante para mi amiga —continuó, logrando con ello que mi sentimiento de culpa se agrandara ¿cómo había sido capaz de hacerle algo así a un chico del siglo pasado, que vagamente empezaba a comprender este tiempo? Nos disculpamos con la mujer y tomamos del brazo a Jorge para guiarlo al ascensor y dirigirnos a nuestro departamento, recibiendo un par de quejas de su parte porque no había alcanzado a cumplir con la promesa que me había hecho.

—Ya te lo explicaré yo Jorge —respondió papá con tono calmo, aunque claramente su enojo conmigo había aumentado considerablemente—, y me aseguraré de que ciertas personas no te vuelvan a poner en esta situación—. Había obrado mal guiada por la rabia, lo sabía. Lo que más me dolía era que papá me tratara de ese modo.

Capítulo 6

—¿Cómo es posible que te comportes de este modo? —Gritaba papá sin preocuparse por los vecinos que nos podrían escuchar—. Tienes veinte años y conciencia de que él es del pasado y no comprende todo esto y aun así lo tratas como a un tontito mandándolo a buscar algo que no existe de forma tangible. ¿De ese modo te he criado? ¿Es eso lo que te he enseñado?... ¡Respóndeme!

—No, papá.

Había pasado media hora desde que llegamos al departamento con Jorge, de los cuales estuvo ocho minutos explicando brevemente lo que es el wifi y porqué la gente lo miraba raro cuando preguntaba, para luego ensañarse conmigo en mi dormitorio. No solo me sentía avergonzada porque desde el living se podía escuchar todo, sino que por los vecinos que oían el regaño y vergüenza también de mi comportamiento con Jorge. Las mejillas llegaban a arderme del bochorno que estaba pasando y las palmas de las manos me sudaban del nerviosismo, pues no sabía qué tanto más diría papá y con qué impresión quedarían los vecinos. Cuando por fin se detuvo y se volvió a encerrar en su cuarto de trabajo no me atreví ni siquiera a moverme del lugar en donde me había dejado, temerosa de volver a actuar mal y, sobre todo, con miedo de encontrarme con Jorge y que continuara él con la reprimenda, por muy merecida que la tuviera. "Justo cuando nos estábamos llevando bien, tenía que arruinarlo yo", pensé con pesar.

No salí de mi habitación hasta el día siguiente y solo porque tenía que salir temprano para terminar mi trabajo en la biblioteca antes de ir a clases. Entonces me topé con Jorge tomando desayuno, de quien me despedí a la distancia para marcharme sin comer nada, algo que lamenté mientras trabajaba frente al computador ya en la institución. Al regresar a casa luego de haber tenido varias horas de clases, más otras tantas atendiendo la zapatería, me sentía reventada, mis pies dolían de tanto ir y venir, la mochila me pesaba como si llevara piedras en vez de libros y el cuerpo entero lo sentía hecho de plomo por lo que me costó subir las escaleras por el desperfecto del ascensor. Lo único que deseaba con ganas era recostarme en mi cama hasta el día siguiente, mas mis intenciones se vieron empujadas a una segunda opción porque Jorge me esperaba con la mesa lista para que cenáramos ambos.

—En la mañana te fuiste sin comer nada, eso no te hará bien —dijo con tono de reproche, pero suave.

Su amabilidad me sorprendió considerando lo que yo había hecho con él la tarde anterior, cómo lo había tratado y dejado en ridículo frente a varios residentes del edificio. Yo en su lugar habría estado enfurecida conmigo,

lo suficiente como para no hablarme e ignorarme al llegar a casa por lo menos por una semana, porque eso es lo que yo merecía de su parte. ¿Cómo podía él comportarse de ese modo? Me exasperaba recibir ese trato después de todo lo acontecido, no lo merecía, él debía gritarme y descargarse por mis malos actos.

—¿Por qué haces esto? —Pregunté finalmente confundida, esperando que en esa comida hubiera una segunda intención, algún aliño que arruine su sabor como pequeña venganza.

—¿Hacer qué?

—Esto, la cena...

—Cocinó tu papá —eso explica por qué no huele a quemado, pensé.

—Pero me esperaste para que comamos juntos.

—Corresponde, vives aquí desde mucho antes de mí.

"Así que es por eso", pensé con cierta desilusión, no era por un motivo más noble, solo por mera educación, por valores que le inculcaron y que mantenía bien presentes a diferencia de mí. Me senté en silencio a comer con él frente a mí, mirándome de vez en cuando. La situación en su totalidad me incomodaba, odiaba el no escuchar nada más que el sonido de los cubiertos al chocar con los platos y, por más que pensara, no se me ocurría ningún tema de conversación con el que llenar el silencio. Su mirada no hacía más que recordarme mi mal comportamiento, atormentándome con las disculpas que aún no pedía y las explicaciones que todavía no daba. Era como si las tuviera atascadas en algún lugar de mi garganta, sin poder soltarlas y no sabía si se debía a la vergüenza, el orgullo o una mezcla de ambos sentimientos. Si las cosas seguían así terminaría ahogándome y no con la carne precisamente.

—Lo siento ¿vale? —repentinamente dejé el tenedor a un lado y le solté las palabras atoradas en mi garganta sin el tacto suficiente que se merecían—. Cometí un error muy grande contigo y lo siento, lo siento de verdad. Yo no soy así, no debería serlo, pero estaba tan enojada ayer que me ensañé contigo y te hice quedar en ridículo y créeme que lo lamento en serio. Soy una tonta insensible.

—No eres una tonta.

—Insensible sí, al parecer —comenté alzando una ceja al ver que no negaba esa segunda parte, por más razón que tuviera.

—No puedo negarlo —rió mientras lo decía, causándome a mí un poco de gracia también—. Deja ya de atormentarte con lo que hiciste ayer,

también es culpa mía por mi irresponsabilidad de usar un objeto que no conocía lo suficiente. Si bien quise que te dieran un castigo lo suficientemente fuerte ayer para que pensaras en lo que hiciste y no lo volvieras a hacer, hay que aceptar que el regaño que te dio tu padre y tu propia consciencia ya son suficientes. Basta con recordar el cómo me miraste en la mañana y saliste corriendo como si fuera yo a gritarte tanto como Cristián ayer.

Su forma de pensar aun me chocaba, consumiendo mi tolerancia hasta casi el límite. De cierto modo no sabía si reír o enojarme con él al pensar que a mis veinte años mi padre aún debía aplicar castigos conmigo, aunque por lo menos era eso y no proponía que me casara para que no se me pasara el tren y así amilinar mi carácter dentro de lo posible. Preferí centrarme en la culpabilidad que poco a poco me fue abandonando, aunque no me sentía aún perdonada del todo. Yo no me habría disculpado tan fácilmente. Y esa era otra cosa que nos hacía diferentes.

El resto de esa semana pasó más calmada, no tuve percances con Jorge, quien luego de la última vez preguntaba varias veces antes de tocar algún artefacto, por miedo a inundar nuevamente nuestro departamento o hacer explotar el edificio. Por otro lado, papá trabajaba más arduamente en la máquina del tiempo, saliendo lo justo y necesario para cubrir sus necesidades vitales, sin preocuparse por llamar al técnico para que arreglara el internet, como si aquel fuera el castigo que Jorge esperaba que papá me diera. Por lo mismo, durante esos días me las arreglé en la biblioteca de la facultad, quedándome hasta más tarde los días que podía o corriendo de la zapatería a la biblioteca pública antes de que la cerraran para hacer mis trabajos, pasando miedo al tener que dejar más tiempo del normal a Jorge a solas. Agradecí la llegada del fin de semana para descansar de tanto ir y venir, aprovechando el tiempo libre para llamar a la compañía y solucionar el desperfecto lo antes posible.

—¿Es posible que vengan antes? —pregunté al escuchar que el técnico podría venir a partir del lunes.

—Tenemos todos los horarios copados, podríamos ver si el lunes se puede hacer una excepción para que vaya el técnico, sino va a tener que esperar hasta el jueves.

—¿En qué horario?

—Desde las ocho de la mañana hasta el mediodía podría aparecerse por allá.

—¿No me puede dar un horario más acotado.

—Podría enviarlo en la tarde entre dos y seis.

—No, en la mañana está bien.

"Tendré que avisar a papá o dejar a Jorge adiestrado para recibirlo" pensé una vez que finalicé la llamada con cierto pesar. Si me daban algún trabajo que requiriera internet tendría que correr durante la semana hasta que arreglaran el problema. Jorge notó mi estado de ánimo, había escuchado mi conversación y me miraba avergonzado, como si quisiera ofrecermé una disculpa por lo sucedido. Cuando abrió la boca como si fuera a empezar papá lo interrumpió, saliendo por primera vez de su habitación para dirigirme la palabra. Solo entonces noté que, desde que me regañó por lo que le hice a Jorge no me había hablado por ningún motivo.

—¿Llamaste ya?

—Sí, vendrán el lunes si pueden, sino el jueves durante la mañana.

Asintió con la cabeza, caminó hacia la cocina donde sacó de la alacena un paquete de galletas, una botella de agua y con eso en las manos volvió a pasar entre el joven y yo como si no existiéramos, para encerrarse de nuevo a trabajar, dejándonos con la palabra en la boca. La forma en que me ignoraba dolía, ni siquiera un "hola, ¿Cómo estás?" nos había dedicado a Jorge ni a mí. En momentos como aquellos no podía evitar sentirme solo un adorno en ese departamento, ya que papá con esa actitud hacía que el sentimiento de soledad al que ya casi me acostumbraba se hiciera más grande aún. Entonces miré a Jorge y, aunque sabía que no debería mostrarle demasiadas cosas del presente, no pude evitar las ganas de sacarlo conmigo a dar un paseo. Llevaba tiempo encerrada en el departamento, saliendo solo para cumplir con mis obligaciones y regresando para ahogarme en un espacio vacío aun cuando contaba con la presencia de papá también.

—¿Quieres que salgamos? —Le propuse con varias ideas en mente.

—¿A dónde?

—A donde sea, no tengo ganas de quedarme aquí.

Y era cierto. ¿Cómo lo hacía antes de que Jorge llegara a nuestras vidas y cómo lo haría cuando se marchara sin dejar nada más que recuerdos? El pensamiento me atormentó e hizo estremecer al saber que no tardaría tanto tiempo más en regresar a su época con la efusividad con que papá estaba trabajando. Fue como si el entusiasmo que tenía para salir de pronto se fuera por el drenaje, si Jorge hubiese dicho no, no me habría molestado en absoluto, pero aceptó mi invitación con una sonrisa en la

cara, como si la perspectiva de salir conmigo le causara regocijo.

—Entonces vamos.

Capítulo 7

En un principio me sentía nerviosa al no saber si hacía bien o no al llevar a Jorge conmigo al cine, para distraerme de todas las obligaciones que tuve durante la semana, y el enojo que papá mantenía conmigo. Fue cuando ya estuvimos en la sala con él ansioso de ver de qué se trataba ese nuevo lugar al que lo llevé que comprendí que había hecho bien. ¿Cómo podía ser tan malo llevarlo conmigo si él parecía feliz de estar ahí? Papá ni se molestó en salir de su habitación para conocer los detalles de lo que haríamos, simplemente soltó un gruñido mientras acomodaba una nueva pieza en la máquina luego de soltar una maldición. Al parecer no todo marchaba de maravilla ahí dentro como antes de que Jorge inundara el departamento. Pese a todo, ese día agradecí que él siguiera en el presente conmigo, pues de lo contrario estaría yo sola en el departamento mirándome al espejo para sentir que tenía algo de compañía.

Reí cuando a mi lado sentí cómo se asustaba una vez que se apagaron por completo las luces y el sonido de la película llenaba nuestros oídos. Alcancé a oír su comparación de la pantalla con la televisión de la casa, aunque la del cine era más impresionante para él. Era como si, en vez de tener a un joven de veintidós años a mi lado tuviera a un niño de cinco que soltaba expresiones de asombro de vez en cuando e intentaba hacerme preguntas a susurros por lo que veía: de dónde venía el sonido, cómo hacían para que las personas de la pantalla se vieran tan reales y gigantes, cómo una lucecita podía tener todos esos efectos en el telón, entre otras cosas. Al salir me hablaba de la película como si yo no la hubiese visto antes en la misma sala que él, sacándome un par de risas. Entonces me di cuenta que esa faceta de Jorge, la del niño inocente y emocionado, más esa sonrisa que llevaba me gustaba más que la del joven con comportamiento de anciano o del chico con pensamientos anticuados. Ese día por fin lo vi como un joven más, alguien que podría pasar desapercibido en el presente a quien podría tolerar sin problemas.

—Es fantástico, nunca había visto nada igual, Kemi —comentaba con entusiasmo mientras caminábamos a las escaleras, recibiendo un par de miradas curiosas del resto de los asistentes, quienes seguramente pensaban que se trataba de un pobre joven que nunca tuvo oportunidad de ir al cine. Y lamentaba que aquella fuera la última vez que visitara uno, pues claramente le había gustado—. ¿Cuándo podremos volver?

—Si tengo dinero suficiente, trataré de traerte de nuevo —"antes de que te marches", quise añadir. Terminé omitiéndolo temiendo que ello arruinara los ánimos de la tarde, él claramente lo estaba pasando bien y no me sentía con el derecho de quitarle la felicidad, aunque mi emoción disminuyó un poco al darme cuenta que difícilmente podríamos repetir

aquel momento.

—Oh, cierto. Perdón por no poder ayudarte, pero el dinero que poseo ya no se usa y...

—No tienes por qué preocuparte, yo invité.

—Un caballero debería pagar —continuó aún avergonzado.

—Pagaste lo suficiente acompañándome.

Parecía mentira que en un principio nos hubiésemos llevado mal, conmigo odiando su forma de ser y presencia en mi casa, mientras él ocultaba su miedo al presente y desconfiaba de todo a su alrededor. Ya no quería que se marchara, quería conservarlo y pasar más tardes como aquellas, en el cine u otro lugar de entretención, aunque su desconocimiento de la tecnología nos metiera en problemas. Esa tarde éramos como un par de amigos de siempre aunque habíamos convivido por solo un par de semanas, y él parecía sentir lo mismo. Aquella relación era lo más cercana a una amistad que había experimentado en mucho tiempo y me dolía pensar que tarde o temprano tendría que cortarla. Él estaba muerto en la actualidad, el Jorge que tenía frente a mí era solo un préstamo del pasado para comprobar el funcionamiento de la máquina del tiempo, nada más y nada menos que eso. Así como fue él quien se coló y permitió a papá tener pruebas, pudo ser otra persona, pero nadie habría sido tan especial en mi vida como Jorge. Lo quería, al menos hasta que sus principios morales salían a flote y ponía de manifiesto el hombre que fue educado con pensamientos ya casi obsoletos en algunas situaciones.

—¿Qué hacen esos indecentes ahí, por Dios? —Me comentó mientras miraba a una pareja abrazada en uno de los sillones de descanso dentro del mall—. ¿Estarán casados, siquiera?

—No creo —di mi opinión en tono bajo mientras veía al par de jóvenes que parecían tener edades cercanas a la nuestra. Difícilmente pasaban de los veinticinco años.

—Indecentes.

—Son novios, es normal que se traten así —traté de apaciguarlo.

—Esas cosas son privadas y se guardan para el matrimonio.

Al notar que entre ellos iba a haber algo más que un simple abrazo tomé a Jorge de la mano y lo llevé conmigo a una heladería para distraerlo. Acostumbrarse a ese tipo de situaciones era complejo y hasta cierto modo lo comprendía y hasta a mí me molestaba un poco ver parejas cariñosas por la calle. Aunque no por eso iba a soportar que aun estando alejados él

siguiera emitiendo sus comentarios al respecto, acerca de lo inadecuado de dar muestras de cariño en público y, peor aún, sin la presencia del padre o hermano de la muchacha.

—¿A dónde va a llegar este mundo? —Continuó.

—A donde tenga que llegar, además... yo te estoy tomando la mano y no te estás quejando y... me abrazaste cuando lloré —añadí lo último con un dejo de vergüenza ante el recuerdo, despertando la misma reacción en el chico quien rápidamente se soltó de mi agarre y caminó a la par de mis pasos, enderezándose como si así se quitara de encima el bochorno.

—Ese caso fue diferente, tú lo necesitabas.

Sus ojos se quedaron posados en los míos mirándome fijamente, incomodándome al no saber si mantener o desviar mi mirada. Era como si él pudiera leerme con solo hacer ese gesto, descubriendo todos mis secretos. En ese momento me olvidé de nuestra diferencia de época y el motivo por el que estábamos conviviendo, ni siquiera pensé en quienes nos rodeaban en el mall. Éramos solo él y yo. Las mariposas revoloteaban en mi estómago, las manos me sudaron un poco y pensé en un futuro alternativo, en el que Jorge decidía quedarse conmigo en vez de regresar. Fue el recuerdo de papá trabajando en la máquina del tiempo, la cual pronto estaría lista, lo que me hizo regresar a la realidad y terminar con aquel incómodo momento, espantando también mis imaginaciones. Jorge tenía que volver, quisiera yo o no.

—Lo que digas. ¿Quieres que pasemos a tomar un helado o nos vamos ya para que no sigas escandalizándote con este mundo loco y extraño?

Si bien no me contestó directamente, no se negó cuando hicimos la fila para nuestros helados, aun meditando lo recién ocurrido. Esa noche acostada en mi cama me fue imposible no recordar a Jorge y su actitud de niño pequeño con todas las cosas novedosas que conoció durante el día, lo encantado y feliz que estaba cuando salimos del cine y lo delicioso que encontró los helados. Era como el amigo que me hubiese gustado tener para compartir esa clase de momentos, el problema era que nuestro vínculo debía ser pasajero y no pasar a mayores, lo que se me complicaba con cada minuto que pasaba a su lado. No solo me estaba acostumbrando a su presencia en el departamento, a que me haga compañía y pida explicaciones de todo, sino que también me gustaba tenerlo cerca y definitivamente no quería que se marchara.

Mi garganta dolió al imaginarme a mí misma sin Jorge luego de haberlo conocido. Saberlo muerto y no tener detalles de cómo fue su vida, si me extrañaría tanto como yo lo haría. Porque pese al poco tiempo que llevábamos conociéndonos, me haría falta su presencia para llenar esos

silencios y la soledad que poco a poco me marginó y consumió.

Tanta era la ansiedad y angustia que pensé en una forma de volver a mojar la máquina del tiempo y entonces recordé la primera vez que la vi desde que papá la empezara. Aquella cápsula de espacio reducido en la que seguía sin comprender cómo viajaron ambos sin notarlo, pues me parecía difícil que papá lo haya traído sin darse cuenta de su presencia en la máquina. De algún modo lo trajo al presente, pero la piezas aún no me calzaban, no del modo que yo las armaba. La única posibilidad era que papá lo trajera a conciencia.

Suspiré mientras trataba de ver algo a mi alrededor en toda esa oscuridad. Durante toda la semana me quejé de que estaba durmiendo poco y esa noche que podía aprovecharla y despertarme tarde al otro día por ser domingo no tenía sueño. Jorge acaparaba toda mi atención y mis pensamientos, trayéndome miles de ideas para poder conservarlo, por muy egoísta que ello sonara. No quería exponerme a un adiós más y quedarme con los recuerdos como premio de consuelo. Me parecía injusto e imposible que algo así terminara de un modo tan cruel.

Empujé al chico fuera de mi cabeza con gran dificultad y, cuando por fin me acomodé dispuesta a dormir, escuché a alguien llorar. Me quedé quieta y presté mayor atención, mas el sonido ya no estaba. Dispuesta a dormir e ignorar aquel sonido, cerré mis ojos y entonces se escuchó de nuevo. Parecía venir de la habitación de Jorge y fue eso lo que terminó movilizándome, sabiendo que papá ni se inmutaría si lograba oírlo. No lo hacía conmigo cuando de noche extrañaba a mi madre recientemente fallecida, menos lo haría con alguien que apenas conocía y a quien poco apego le tenía. Traté de auto convencerme de que iba porque le debía una, porque él ya se había dado el trabajo de consolarme a mí mientras lloraba, pero cuando abrí la puerta y lo vi sentado en su cama con su rostro escondido entre sus manos comprendí que no era eso precisamente lo que me movilizaba, sino que la preocupación. Me dolía verlo así y ese sentimiento me asustaba, porque nunca me había pasado algo igual a aquello con nadie.

Aunque en ese momento no lo quería admitir, luego al mirar atrás comprendí que en ese entonces a Jorge no solo lo quería, ya me gustaba.

—¿Estás bien? —Pregunté aclarando mi garganta mientras me acercaba a paso lento e indeciso, pues no sabía qué pensaría él de tener a una mujer en su habitación sin invitación previa y sin alguien haciéndonos guardia.

—No.

Su respuesta removi6 algo en mi interior, impidiéndome pensar con claridad lo que debía hacer a continuación. No era la primera vez que lo veía llorar, el día que inundó el departamento también soltó algunas

lágrimas y antes de eso también lo había hecho en una ocasión, aunque nada se comparaba al joven destrozado que tenía frente a mí, dejando mis movimientos en jaque. Limpiaba sus lágrimas con sus manos para parecer fuerte, pero a mí no me engañaba. Algo había ahí que lo estaba angustiando, no logró ocultarlo bien de mí. Y ahí estaba yo, que pese a todo lo que notaba en él, no sabía cómo darle el consuelo que necesitaba, aumentando mi impotencia y angustia por él. Y así, sin saber bien qué decir, hice lo mismo que hizo él conmigo. Me senté a su lado y lo rodeé con mis brazos sin decir nada, pues las palabras parecían haberme abandonado en ese momento, y esperé a que se desahogara y calmara, aunque a él le avergonzaba mostrarme su lado sensible. Supuse que estaba acostumbrado a ser él el fuerte.

Entonces me cayó la teja nuevamente. No tenía idea de la vida de Jorge, con quién vivía, si estaría casado, quién lo esperaba en el pasado, a quién añoraba y a quien deseaba no volver a ver.

—Los hombres lloran como cualquier persona. Te hace bien desahogarte, ya verás —dije suavemente sin soltarlo, sintiendo cómo poco a poco se relajaba y se permitía ser, luego de quién sabe cuántos días cargando esa pena. Una vez que su llanto fue más calmado y pudo hablar me decidí a preguntar por las razones.

—Estaba pensando en mi casa, en mi familia y cómo estará mamá sin mí —comenzó con su explicación, limpiando las lágrimas que todavía caían mientras yo asentía—. Me es difícil aceptar que ahora están todos muertos y que si no vuelvo no podré despedirme de ellos ni explicarles el porqué de mi ausencia, ni siquiera podría encontrar sus tumbas. El mundo está tan cambiado, nada es como yo lo recuerdo, seguramente mi casa no está, mi barrio ya no existe y el lugar en el que fueron enterrados debe estar oculto por ahí si es que no ha sido profanado. No hay nada a lo que aferrarme, algo que pueda decir que no ha cambiado y con lo que me sienta cómodo. No soy más que problemas aquí.

—No das solo problemas...

—Claro que sí —me interrumpió, continuando con sus ideas—. Te interrumpo frecuentemente para preguntarte para qué sirven las cosas, cómo usarlas y, si no sé cómo, lo hago mal y causo problemas entre tu papá y tú. ¿Acaso no recuerdas lo del agua?

—Esas cosas se arreglan, con papá nunca nos enojamos por un tiempo largo, las veces que ha pasado algo grave lo hemos superado...

—¿Han tenido más problemas graves aparte de los que yo ya les he dado?
—Preguntó desconcertado al escucharme, provocándome algo de incomodidad. Yo nunca fui del tipo de persona que habla libremente de sus problemas con la gente, tendía a reservarme todo para mi soledad,

para desahogarme en mi dormitorio a solas. Pensé en alguna excusa que darle, las cuales deseché al pensar en la sinceridad que Jorge estaba demostrando esa noche.

—Sí, los hemos tenido. No todas las relaciones entre los padres y sus hijos son perfectas ¿sabes? —le comenté con una sonrisa fingida como si con ello lograra restarle importancia a mis asuntos. El problema era que todo aquello me afectaba más de lo que debería y la actitud abierta y atenta de Jorge para escucharme no me ayudaba a bajar ese nudo en la garganta que se empezaba a formar—. La muerte de mamá fue un golpe duro para ambos, papá se tornó más frío y distante, comenzó a trabajar en exceso. Así como lo ves tú, así ha sido desde entonces.

—Pero si casi no se hablan —exclamó él con sorpresa sin comprender.

—Así se comporta él. Se le ve poco en el departamento, yo misma hay semanas enteras en las que no le veo ni la sombra aun viviendo aquí mismo... Trato de no quejarme, nuestra relación podría ser peor.

—¿Qué tanto más?

Callé un par de segundos perdida en mis recuerdos, en aquellos días de discusiones y la desilusión de mi padre, quien se esperaba que con mis notas estudiara algo relacionado con las ciencias, que fuera yo quien continuara su legado e inventos. Pretendía que yo fuera su continuación, un Cristián 2.0 en versión mujer y sus sueños se vieron rotos al manifestarle yo los míos.

—¿Cómo se te ocurre estudiar algo así? —Exclamaba con rabia mientras se paseaba por el living y yo lo miraba desde mi lugar en el sofá—. ¿Me estás escuchando, Amira?

—Sí, papá.

—Entonces dime, ¿en qué estás pensando?, ¿cómo se te ocurre desperdiciar todos tus conocimientos? A ti te da para algo más, para ser alguien en la vida.

—Soy alguien, papá. No necesito fama para serlo.

—¿Y por eso tirarás todo por la borda?

—¿Qué tiene de malo estudiar gastronomía?

—¡Eres mi hija! Tienes que dedicarte a algo rentable, te morirás de hambre estudiando eso.

—Tú eres científico y el dinero no nos sobra, de hecho a veces nos falta, ¿eso es rentable?

La mirada de rabia y decepción que me dio papá ese día no la olvidaría jamás, porque nunca lo había visto más enojado que entonces. Solo cuando mojamus su máquina, aquella podría ser una situación en la que se haya mostrado de forma similar, pero ni siquiera ese regaño me dolió tanto como el trato que me dio durante esas semanas de PSU, postulación y matrícula en la universidad. Firmó papeles y me ayudó por obligación, no porque me apoyara y hasta la actualidad seguía sintiendo que él estaba dolido por no seguir yo sus pasos.

—Digamos que no se tomó muy bien mi elección de carrera —comencé a explicarle a Jorge—. Él quería algo más para mí y yo me negué a seguir ese camino. Con el tiempo empezó a aceptar que las cosas no serían como él tenía planeado y nuestra relación mejoró. Por lo mismo te digo que nos pondremos en la buena antes de que te des cuenta y ya verás cómo arreglará la máquina del tiempo y regresarás a tu época —lo animé con aquel hecho que a mí me descorazonaba. Mi único consuelo era que para él lo mejor sería regresar, por muy doloroso que me resultara. Así se reencontraría con quienes acababa de mencionar y podría retomar su vida donde la había dejado.

—El problema es que una parte de mí no quiere regresar.

—¿Por qué?

—Porque esa parte se quiere quedar contigo.

Nunca alguien me hizo una declaración así hasta ese día y fue parecido a cómo lo describían mis compañeras de carrera de vez en cuando. Las mariposas revoloteaban en mi estómago, mi corazón se aceleró y por poco no pude reprimir una sonrisa en mi rostro. Agradecí que la luz proveniente de la lámpara del velador no fuera suficiente para que él viera mi cara en detalle. Por vez primera un chico ponía de manifiesto intenciones conmigo y no supe qué responder, sin embargo él parecía tener bien claro con qué quería continuar. Entonces, aquel momento de alegría e ilusión de que él decidiera quedarse después de todo se fue por el retrete, siendo reemplazado por un nudo en la garganta y sentimientos encontrados nuevamente.

—Pero tengo un problema —continuó vacilando, como si quisiera tantear el terreno antes de seguir con sus palabras—. Yo estoy comprometido a casarme ya, cuando vine estaba en los últimos preparativos para celebrar la ceremonia la semana siguiente.

—¿Te vas a casar? —Sus palabras se repetían como eco en mi cabeza, como si quisieran atormentarme hasta el infinito. ¿Cómo nunca había

preguntado algo tan importante? ¿Por qué nunca me había aventurado a averiguar más detalles de su vida y me había permitido soñar con lo imposible? Miles de pensamientos e intenciones pasaron por mi cabeza, desde convencerlo de que aún era joven, que no podía casarse aún, hasta aceptación pese al dolor que estaba dejando en mí. Cuando era una adolescente siempre quise experimentar aquello del primer amor, encontrar a un chico que me gustara y me correspondiera. Todo cambió esa noche luego de tener mi primera desilusión. Los príncipes azules de cuento no existían, por mucho que la ropa con que los hayas conocido te recuerden a uno.

—Le di mi palabra.

Maldije en mi interior sus principios y virtudes, eso de cumplir un compromiso de matrimonio solo porque dio su palabra y no porque realmente así lo desee. ¿Tan difícil le era hacer lo que él quería? Pese a lo que mi mente gritaba, no me atreví a decirle nada, pues no estaba en el derecho de hacerlo. Después de todo, ni siquiera sabía en qué términos estaba nuestra relación ¿éramos amigos o solo dos conocidos que vivían juntos?

Independiente de eso, estaba segura de una cosa y era que Jorge sería inolvidable.

Capítulo 8

Al día siguiente me sentí incómoda en presencia de Jorge y nada ayudaba el hecho de tener que llevarlo a la iglesia por ser día domingo, pues eso me hizo pasar aún más tiempo a solas con él, mientras papá se quedaba en casa trabajando en la máquina como si no hubiera mañana. Era como si quisiera deshacerse pronto del chico, causando sentimientos encontrados en mí, porque ya no sabía lo que quería. Por una parte quería que regresara y fuera feliz en su época, sintiéndose a gusto con lo que conoce y con la gente que extraña; por otro lado, quería que se quedara conmigo y no me dejara sola, menos ahora que sabía que allá lo esperaba una chica para casarse.

El camino a la iglesia fue silencioso e incómodo, rememorando lo acontecido la noche anterior sin saber cómo tocar el tema. Porque no solo habíamos hablado de lo que él extrañaba y los compromisos que tenía por cumplir, terminamos discutiendo sin darnos cuenta después de la noticia que me dio, entre las razones estaba que yo no comprendía cómo podía cumplir con semejante compromiso solo por haber dado su palabra, sin pensar en lo que sentía ahora y que él no comprendía mis propios pensamientos.

—Lo siento, Kemi —dijo después de varios segundos en silencio desde que manifestara su firmeza con regresar y casarse.

—¿Por qué? Es tu decisión, tu vida después de todo —comenté con más brusquedad de la que hubiese querido.

—Pero a ti te afecta...

—Pero tienes que hacer lo que tú quieres. Tu vida, tú decides.

—No sé lo que quiero.

—Acabas de decirme que ya diste tu palabra y la vas a cumplir —comencé a alzar levemente la voz, reprimiéndome al poco rato al recordar que papá dormía.

—Lo que tienes que hacer no siempre es lo que quieres —trató de razonar conmigo.

—Jorge, sabes bien que papá está arreglando la máquina para que regreses a tu tiempo y, aunque no quieras, tendrás que volver porque allá está tu familia y la chica con la que te comprometiste.

Nos quedamos callados sin saber qué decirnos. Yo sentía el nudo en la garganta agrandarse, por lo que intenté ignorarlo, pues no estaba

dispuesta a llorar nuevamente en su presencia, menos cuando estaba manifestando libremente su indecisión. Una actitud así de mi parte no habría hecho más que confundirlo y empeorar su situación ya complicada, y si bien deseaba que se quedara, quería que lo hiciera por decisión propia.

El único sonido que se escuchaba era el tic tac del reloj del velador que marcaba las tres de la madrugada hasta que él rompió el silencio.

—Desearía que perteneciéramos al mismo tiempo, tú al pasado o yo al presente —confesó con voz ronca, como si estuviera a punto de volver a llorar en cualquier momento.

—Las cosas no son así...

—Es una lástima.

Por recordar la noche anterior, con Jorge casi nos pasamos de nuestro destino, por lo que rápidamente nos bajamos del bus, agradeciendo que el chico ya no se mareara tanto como antes. Durante la ceremonia me mantuve inatenta, meditando lo acontecido más que atendiendo a la misa. Antes de irnos, vi que Jorge, sin darme más explicaciones que un "espérame", se acercó al sacerdote y luego de un par de minutos se dirigieron al área de los confesionarios. Temí que hablara de la máquina del tiempo y provocara desconfianza en el padre, quien perfectamente podría llamar a emergencias por sospechas de un loco, por mucho que las confesiones debieran ser mantenidas en secretos. El estómago me molestaba con los nervios hasta que caí en la cuenta de qué era exactamente lo que le molestaba y necesitaba confesar.

La noche anterior, luego de su comentario acerca de lo lastimoso que era no pertenecer a la mismas épocas nos volvimos a quedar en silencio, pero ya no era uno tenso que en cualquier momento nos haría estallar contra el otro, no. Era uno cómodo, con nuestras miradas conectadas como si no existiera nada más en el mundo y entonces, sin que yo lo notara antes, él se acercó y unió nuestros labios. Nuestro primer beso y estaba segura de que sería el último.

—Te quiero, Kemi —dijo cuando nos separamos.

—Yo también.

Me entristeció que él considerara aquel acto un pecado que no podía esperar para ser confesado, me llegó a doler que pensara de ese modo, pero a la vez intenté ponerme en su lugar, con sus rígidos principios y creencias. Estaba comprometido con una mujer que en el presente ya llevaba fácilmente cien años bajo tierra y le fue infiel conmigo. Entonces otro golpe me dio en la cabeza, pues entendí que yo siempre sería "la

otra", la chica que conoció en el futuro y con quien pasó una temporada, nada más. Me había convertido en el tipo de mujer que odiaba ver en las películas, leer en libros y enterarme que existen en la vida real.

Al salir del confesionario se aproximó a mí y sin decir nada se arrodilló mirando hacia el altar y rezó su penitencia, mientras yo me quedaba en silencio escuchando el murmullo de sus oraciones. Al salir dio la impresión de que no podía esperar a hablar conmigo seriamente y, sin darnos cuenta, terminamos conversando fuera de la iglesia sobre todo, rompiéndonos mutuamente poco a poco.

—Estuve pensando lo que hicimos anoche...

—No hables así —lo interrumpí—, si lo pones de ese modo parece poco menos que tuvimos sexo y no fue así, nos dimos un beso y nada más —le pedí sinceramente, viendo cómo sus mejillas se tornaban rojas y mordía su labio para reprimir algún comentario, seguramente de aquellos que a mí me molestaban con respecto a las palabras que no debía usar por ser mujer.

—Bueno, estuve pensando en el beso de anoche ¿así está bien? —asentí, dándole oportunidad de que continuara—. Y no es correcto, Kemi. No podemos actuar así. Tal vez para ti no es nada, no me extrañaría que hasta eso se haya devaluado, pero para mí es importante porque con ese gesto le fui infiel a Elena.

Elena, el nombre se repitió en mi cabeza y no importó cuántas veces fue, cada vez me desagradaba más, pese a que no conocía a la mujer. Por otro lado, me molestó también que hiciera suposiciones de cuánto valoraba yo o no lo de la noche anterior. Por mucho tiempo que hayamos compartido, él no tenía derecho a sacar ese tipo de conclusiones, porque él no estaba en mis zapatos para saber qué sentí cuando me besó y cuánto realmente me importaba y apreciaba aquel recuerdo. Quise expresarle mi molestia al respecto, pero antes de abrir la boca él ya estaba siguiendo su charla.

—No nos podemos comportar así porque eso me hará serle infiel a Elena —"otra vez la nombra" pensé—, y nos hará las cosas más difíciles cuando nos tengamos que despedir, porque lo tendremos que hacer en algún momento. Esto es solo pasajero, yo regresaré a mi época, tú te quedarás en la tuya y no nos volveremos a ver nunca porque ahora yo debería estar muerto.

Cada palabra me dolía más y más, dejándome sin nada que decir, pues sus intenciones estaban más que claras. Sabía que sin importar cuántos argumentos le diera, qué tan espléndida sea la confesión de mis sentimientos, él se iría igual y me dejaría sin nada. Tardé en reunir el coraje para decir algo al respecto, cuando lo hice mi voz sonó más ronca

de lo que hubiese querido, dándole a saber mis ganas de llorar.

—Entonces hagamos como si nada hubiese pasado. Entre tú y yo no hay nada, así todo será más fácil, te irás tranquilo, en la buena con Dios y te casarás sin cargo de consciencia.

—Kemi...

—Y cada uno seguirá con su vida en su época como si tú nunca hubieses viajado a causa de mi padre —con eso no pude reprimir las lágrimas y a los pocos segundos ya corrían varias por mis mejillas, poniendo de manifiesto mis sentimientos contrarios a lo que decía. Por más que quisiera, sabía que para mí sería difícil cumplir con mi parte.

—No me hagas las cosas difíciles.

—Te las estoy haciendo fáciles a pesar de que para mí pueda ser casi imposible.

Limpié mi rostro con mis manos y sin previo aviso caminé en dirección del paradero para regresar a casa, sin preocuparme de si Jorge me seguía o no. Ignoré su presencia incluso cuando se sentó a mi lado, porque si quería olvidarlo algún día, tenía que empezar ya.

En ese momento deseé que la máquina de papá estuviera buena, así regresaría en el tiempo a los días en los que nos llevábamos mal para advertirme a mí misma de lo mucho que me dolería la despedida si le tomaba cariño. Para rogarme a mí misma no enamorarme de ese joven, así nadie sufriría.

Capítulo 9

Los dos días siguientes ignoré a Jorge lo más que pude, sentándome con él a cenar para luego encerrarme en mi dormitorio luego de una jornada larga de estudios y trabajo, más tareas hechas en la biblioteca de la facultad debido a la falta de internet en casa. Si bien parecía que mis intentos eran exitosos, yo los sentía en vano, porque el poco tiempo que compartíamos no podía evitar pensar en lo que podríamos ser y nos perderíamos por nuestras diferencias, en lo injusto que era el destino al hacernos nacer en tiempos tan diferentes. Desde nuestra conversación fuera de la iglesia nos dirigíamos la palabra solo lo justo y necesario, luego cada quien se adentraba en sus propios pensamientos para escapar de esa cruel realidad.

Las cosas parecían irnos bien así, por muy doloroso y masoquista que fuera, hasta que papá el martes en la noche anunció que si todo iba bien al día siguiente en la noche llevaría a Jorge de regreso a su época.

—Por fin volverás con los tuyos y podré probar a una comisión de científicos mis hallazgos ¿no es eso emocionante? —comentó papá mientras se sentaba a la mesa con nosotros para cenar, un acto que no hacía desde mucho tiempo atrás.

—Sí que lo es, Cristián. Espero que esto le de la fama y honor que merece por todos sus esfuerzos que por fin dan frutos.

—Esperemos que sí, Jorge, como también espero que a ti la vida te trate bien en tu época, que tengas un matrimonio largo y feliz.

—Agradezco sus buenos deseos.

Me sorprendió que papá estuviera al tanto de un hecho que yo creí que era la primera en saber, pero al final era de esperar. Ellos se conocieron primero y pasaron un tiempo a solas antes de que conociera a Jorge, además desde un principio ellos fueron más cercanos de lo que yo fui con él. La envidia me invadió al ser consciente de ello.

—Mañana tienes que estar temprano aquí, Kemi —todavía no hablábamos del desastre con el que se encontró solo unos días antes, sin embargo parecía ser un hecho para él olvidado, causándome cierta incomodidad pues esperaba cierto resentimiento aún—. Vamos a darle a Jorge una cena de despedida y celebrar este logro, un avance para la ciencia.

La despedida. Parecía mentira que ya estuviéramos a puertas de decirnos adiós. Pese a todos los inconvenientes, seguía pensando que era injusto que justo el chico que me gustara fuera de otra época, que justo la persona a quien me hiciera cercana y le entregara mi cariño estuviera

prohibida. Jorge, por más que quisiera ocultarlo y actuar frente a mi padre, no me podía mentir a mí, se le notaba que la idea de regresar no le emocionaba tanto como en un principio. Y a mí tampoco.

Esa noche, el único que hablaba era papá, tornándose su discurso en un monólogo acerca de lo exitoso que podría ser su invento y las maravillas que podría hacer en el futuro, cuando ya estuviera patentada. Nos pintaba el futuro como una película de ciencia ficción en la que él era el científico genio que cambiaba la humanidad para siempre. Una vez que terminamos pedí permiso y en mi cuarto me encerré, ahí lloré las lágrimas reprimidas por todas las emociones del último tiempo.

Acostada en la cama me acomodé cientos de veces a la espera de que el sueño me venciera, intentando hacer a un lado los recuerdos construidos junto a Jorge, hasta que sin darme cuenta las horas pasaron por fin y sonó mi alarma. Era momento de prepararme para un nuevo día, pero no tenía los ánimos suficientes para levantarme. Si ese era el último día que pasaría con Jorge, quería disfrutarlo, sin embargo, por más que quise no pude, no tenía excusas que darle a papá y él mismo fue a hacerme marchar a clases, pues era inconcebible que perdiera materia.

A lo largo del día los minutos pasaban demasiado lento para mi gusto, las clases que antes disfrutaba se volvieron eternas y mi jornada en la zapatería se tornó casi insufrible. Pese a todo, al llegar a mi hogar me arrepentí de desear que el tiempo avanzara más rápidamente, porque mi regreso significaba que la hora de Jorge ya estaba más próxima.

Dejamos a Jorge sentado en el living distrayéndose con la televisión, mientras papá y yo preparábamos una pequeña once para compartir con él a modo de despedida. Mi padre incluso compró pastelitos para compartir, así se llevaría un buen recuerdo que para mí sería solo una tarde amarga en la que me despedí de un buen amigo, a quien quise como algo más. Veía tantas cosas dulces sobre la mesa y de lo único que fui capaz fue de acabar mi té y un pastelito, más por educación que por hambre.

—Jorge, hoy es el día en el que podrás regresar a casa luego de un par de semanas lejos de los tuyos y créeme que te extrañaremos —comenzó papá su discurso—. Fuiste como un hijo para mí y te estoy agradecido de la compañía que nos diste a mí y a Kemi. Si algún día se da la oportunidad de que regreses a este tiempo, nuestras puertas estarán abiertas para ti.

—Gracias —contestó simplemente Jorge, sin saber bien qué decir. Aunque las palabras de papá sonaban bonitas, todos sabíamos que el chico no podría volver por voluntad propia, sino que por la curiosidad de mi padre o la mía para ver cómo le ha ido en su vida—. Gracias por todo, por cuidarme y permitirme quedar aquí todos estos días a pesar de los

problemas que causé. Perdón por todo eso.

—Tranquilo muchacho, esas son cosas del pasado.

"O del futuro" pensé yo poniéndome en el lugar de Jorge. Esa hora que estuvimos sentados a la mesa intenté encontrar algunas palabras de despedida para dedicarle al chico, para mostrarle que sentía que se marchara cuando deseaba que se quedara. Ansiaba hallar alguna frase para alargar el momento y postergar aún más la despedida inevitable, pero nada acudió a mi mente y desesperada vi cómo ambos se ponían de pie sin haberme permitido dar mi discurso de despedida al invitado. Con el nudo en la garganta haciéndose cada vez más grande caminamos en dirección a la habitación donde papá trabajaba y miré la máquina con todo el odio que sentía. Si a él no se le hubiese ocurrido esa idea, nunca habría conocido a Jorge y, por lo tanto, no estaría sufriendo porque se va. Sería una noche más en mi vida monótona, solitaria y vacía.

—Bueno, este será el adiós —dijo el chico ya dispuesto a subirse y marcharse.

Lo miré incrédula sin saber bien cómo reaccionar. ¿Tan fácil era para él decir adiós después de las cosas que me dijo? ¿Después de los pequeños momentos, que poco a poco nos llevaron a sentir lo que sentimos?

—Es lamentable —confesó papá dándole un abrazo con palmaditas en la espalda.

"No, no, me niego" repetía una y otra vez en mi cabeza, buscando una explicación y una solución para todo eso. ¿Tan mala había sido yo que lo acontecido entre los dos era considerado un pecado por él? La ansiedad parecía dominarme cuando llegó el momento de que yo lo despidiera y solo entonces vi en sus ojos lágrimas ¿Eran por mí o por papá? Antes de darme cuenta ya nos estábamos abrazando fuertemente, sin importarnos que mi padre seguía estando en la misma habitación que nosotros. Estando así no quería dejarlo ir, no quería soltarlo para siempre y tener que buscar en los cementerios su tumba para sentirme cerca de él, sin saber si a lo largo de su vida siguió pensando en mí, queriéndome aunque sea un poquito. Había muchas cosas que no quería, pero ninguna evitable.

—Te voy a extrañar —le dije al oído, sintiendo cómo sus lágrimas mojaban mi hombro.

—Y yo a ti, Kemi.

—Prométeme que vas a ser feliz —le pedí con un tono que más pareció una súplica—, que no importa quién esté a tu lado, vas a ser feliz y

disfrutar tu vida.

—Lo haré. Promételo tú también, Kemi.

Es tan fácil pedir y tan difícil dar. Hacer que él prometiera algo difícil no me costó, pero hacer yo la misma promesa, sabiendo que ello implicaba superarlo y dejarlo en el olvido, se volvió complicado. Tragando duramente le di las palabras que quería oír, aunque en mi interior no estaba segura de poder cumplir con la promesa.

—Te quiero.

Esas fueron las últimas palabras que me dijo antes de separarse de mí y caminar hacia la máquina que papá ya había configurado para enviarlo a su época, a la fecha exacta en la que viajó. La última imagen que tengo de él es de un Jorge vestido con las ropas que tenía cuando lo conocí, con el pelo más alborotado y una sonrisa pese a las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Entonces, sin darme cuenta desapareció sin dejar rastros o pruebas de que estuvo aquí.

—Listo, ya está en su época —anunció papá con tono triunfal, ignorando por completo mis emociones a flor de piel.

Me quedé de pie mirando fijamente a la cápsula en la que solo segundos antes estuvo parado Jorge y susurré un: "Yo también te quiero". Pero ya era tarde, él nunca me escucharía.

Capítulo 10

Estuve tres segundos cegado por la luz que me iluminó hasta que por fin fui capaz de ver nítidamente lo que había a mi alrededor. Esa sensación de mareo y confusión ya conocido me embargó al no reconocer en primera instancia dónde me encontraba, pudiendo calmarme una vez que recordé lo acontecido: Cristián acababa de enviarme de regreso a mi tiempo y, a juzgar por dónde me encontraba, resultó.

Miré a mi alrededor, era el mismo lugar donde vi por primera vez la máquina del tiempo, pero ya no estaba aquí, me encontraba yo solo en medio de los árboles que bordean la propiedad de mis padres, oculto tras los rosales y arbustos que el jardinero se encarga de mantener. Busqué a lo lejos algún rastro de las grandes edificaciones del futuro, aquella nube de contaminación que Kemi llamaba smog, algún sonido que me haga pensar en los autos cuyos motores llenaban tus oídos en Santiago. Mas, no importó cuánto intenté agudizar mi vista y oído, no se veían grandes edificios, el cielo se veía perfectamente celeste y los únicos sonidos del ambiente eran los pájaros. De pronto aquella calma que tanto anhelé se tornó aburrida, como si el mundo se hubiese apagado después de estar sobre excitado.

—¡Jorge! —escuché una voz llamarme. Al asomarme por sobre los rosales divisé a mamá gritando mi nombre desde la puerta de la casa. Casi corriendo me acerqué a ella y la envolví en mis brazos, era un alivio volver a abrazarla luego de haberla extrañado tanto y sentido la falta de su cariño y consejo—. ¿Pasa algo? —Preguntó confundida una vez que la solté y entonces comprendí a qué se refería. Yo estuve ausente un par de semanas, pero ese tiempo para ella no fueron más que unos minutos, no había razón para que actuara de ese modo, al menos no para ella.

—No. ¿Necesita algo, madre?

—Llevo rato buscándote ¿dónde estabas?

—Por ahí... me quedé dormido.

"Si tan solo supiera dónde estuve realmente, pensará que lo soñé todo durante la siesta o me creará loco" pensé en mis adentros mientras la escuchaba quejarse de mi ausencia habiendo llegado ya Elena y sus padres para formalizar nuestro compromiso. Al reunirme con ellos y volver a ver a Elena frente a mí no pude evitar recordar a Kemi y lo diferente que era de mi prometida, una joven fina, muy femenina, recatada hasta tal punto de ser algo fría y de carácter serio. Sin haberme casado aún, sabía que por siempre extrañaría el carácter relajado y espontáneo de Kemi, incluso sus enojos que me en su momento causaron cierto temor en

mí.

La tarde pasó rápidamente en una conversación en la que solo intervenían mis padres y mis futuros suegros, hablando sobre la familia, temas de actualidad y posteriormente los planes de nuestra boda a realizarse el mes siguiente. Mientras yo miraba a Elena sin convencerme aún de que tendría que pasar el resto de mi vida con su compañía, lamentando ya el no poder haber elegido en qué época nacer, para coincidir con Kemi.

Una vez que estuve a solas en mi dormitorio, después de recorrer mi hogar reconociendo el lugar, comencé a comparar mi época con el futuro. Se estaba haciendo tarde, ya pronto anochecería y la oscuridad empezaba a llegar a casi todos los rincones y ya tenía claro que sin importar cuántas velas encendiera, mis noches nunca serían tan iluminadas como lo eran en casa de Kemi, donde presionando un botón la sala parecía volver a estar de día. Pensé en lo fácil que era la vida allá con todos los avances tecnológicos que no logré comprender del todo y el contraste que hacía la precariedad de mi época.

Tomé una hoja y pluma y sentado a mi escritorio escribí una carta que seguramente nunca llegaría a su destinataria, pero sin importarme ello plasmé en las líneas cómo me sentía y la angustia que me embargaba al saber que tendría que cargar con la pena de no volver a vernos nunca más.

Bebí de mi botella de agua para calmar la sed, recién era mediados de diciembre, todavía no entrábamos en el verano pero el calor ya era abrasador, más después de caminar por un tiempo prolongado. Sabía que no debería estar ahí, que era mejor estar ocupando ese tiempo en buscar los regalos de navidad que me faltaban, las cosas para la cena en vez de pasear por el cementerio general aprovechando un tour guiado. Tenía muy claro que lo mejor para mí no era buscar su tumba para saber si vivió por varios años, si había alguna anécdota que contar digna de ser mencionada por el guía, pero ahí estaba, ignorando los consejos de papá y aprovechándome de su viaje a Estados Unidos para dar una charla sobre su máquina del tiempo, la cual estaba haciendo furor luego de conocerse el resultado. Día a día llegaban cartas dirigidas a papá de personas que deseaban poder regresar al pasado para reunirse con seres queridos ya muertos y uno a uno papá les explicaba que no era posible aún. Ni siquiera conmigo, que soy su hija, hacía diferencias.

—Debemos hacer pruebas en el extranjero aún. Además, para ti lo mejor es buscarte otro chico en vez de seguir pensando en Jorge, no te hará ningún bien seguir recordándolo.

Sin embargo, ahí estaba yo siguiendo al grupo y escuchando al guía, a la espera de que mencionara el nombre o el apellido de Jorge, mirando todas las tumbas y nichos por los que pasábamos en busca de su lugar de descanso. Pero por más que buscaba no lo encontraba, perdiendo mis esperanzas de hallarlo algún día. Por mi mente pasaban los recuerdos que construimos juntos y nuevamente lo extrañé como el primer día, cuando desapareció de nuestras vidas y no volví a saber nada de él. Yo lamentaba su ausencia mientras papá celebraba su éxito, invitando a diferentes colegas para probar su nueva invención. El departamento no se veía tan lleno y alegre desde que mamá murió, pero yo, si bien me enorgullecía saber de lo que era capaz papá, no podía ser partícipe de sus dicha porque no hacía más que desentonar con mi ánimo. Nunca había dedicado tanto tiempo al estudio y el trabajo y es que jamás había necesitado de tanta distracción para evitar pensar en alguien.

—Esta tumba es algo curiosa, no está en el programa, pero me detendré aquí para hablarles un poco de esta persona —anunció el guía sacándome de mis pensamientos, despertando de pronto mi curiosidad. Quise ver entre todos los que me rodeaban la tumba a la que se refería, pero los cuerpos de mis acompañantes bloqueaban mi visión—. Se habló mucho de este hombre durante su época y es que dicen que de la noche a la mañana se volvió loco. Su misma esposa se vio en la obligación de internarlo por una temporada, en ese tiempo en un asilo, por sus desvaríos —explicaba el guía del tour, ganándose la atención de todo su público con tal relato—. Dicen que aunque estuvo en terapia varios años, cuando murió aún no recobraba la razón y seguía hablando de una mujer que sus familiares afirmaban que nunca existió y de máquina inimaginables.

Mi corazón se aceleró y mis manos se cubrieron de una fina capa de sudor por la ansiedad, deseosa de seguir escuchando la historia por la familiaridad que sentí al oírla. ¿Era posible que tan trágica vida haya sido el destino de Jorge, después de todo? Aunque me dolía reconocerlo, las piezas parecían encajar demasiado bien para mi gusto, la mujer, las máquinas que aún no existían, una esposa. Quería abrirme paso entre todos los visitantes para ver el nombre escrito en la lápida, estaba dispuesta a empujar y golpear lo que fuera necesario cuando el grupo se movió. No había más detalles que agregar a la vida de esa desafortunada alma. Cuando por fin llegué a la altura de la tumba y pude leerla no sabía si sonreír porque por fin lo encontré o llorar por todo lo que sufrió después de que se fue. Y lo peor de todo era que la culpa fue de mi padre y mía.

Jorge Antonio Sarmiento Videla

1834-1893

En ese momento cincuenta y nueve años me parecía poco tiempo para vivir bien tu vida, más aún si parte de ese período estuviste internado por

haber perdido la razón. Me dolió saber que después de mí estuvo treinta y seis años lidiando con los comentarios de la gente y una etiqueta que realmente nunca le correspondió. El éxito de mi padre le había costado a Jorge una vida entera de infelicidad, llenándome a mí de rabia, angustia e impotencia. Si tan solo papá me permitiera viajar en el tiempo para explicar a todos que las historias de Jorge eran verídicas todo habría sido diferente y su vida más llevadera junto a su mujer. Ante el recuerdo de ella no pude evitar preguntarme si tuvo hijos con los que al menos haya podido tener momentos felices entre su supuesta enfermedad.

Una mano se posó en mi hombro, por lo que me giré y vi a un joven de ojos castaños, cabellos rizado del mismo color que me miraron de arriba hacia abajo en un primer instante, recordándome una escena ya conocida y vivida meses atrás. El que sus facciones fueran similares no me ayudaba en nada, sintiendo de pronto que debía sentarme, sino mis piernas no soportarían por tanto tiempo más mi propio peso. Era como volver a estar frente a Jorge el día que nos conocimos, pero esta vez uno vestido con shorts y playera en vez de esas prendas anticuadas que tanta gracia me causaban.

—¿Qué? —fue lo único que logré decir luego de recuperarme de la impresión que me causó su aparición. ¿Era un fantasma, una reencarnación o realmente una persona viva que no tenía nada que ver con la persona enterrada en ese lugar?

—Hola, soy Jorge.

—¿Jorge? —repetí tartamudeando sin poder creer ni comprender lo que estaba sucediendo. Miles de explicaciones pasaron por mi cabeza, que mi padre había utilizado finalmente la máquina del tiempo para darme a mí el gusto, que Jorge pudo construir su propia máquina o de algún modo abrimos un universo paralelo en el que él pertenece a mi época. Una a una las fui desechando, papá estaba en el extranjero, Jorge no contaba con los medios para construir algo así y la tercera era demasiado surrealista para ser verdad. Volví a ver con atención el rostro del chico que tenía frente a mí sin poder creérmelo, el parecido era espeluznante, pero poco a poco fui encontrando ciertas diferencias, como el lunar que tenía en la barbilla que el Jorge que conocí no tenía.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres que llame a alguien o algo? —Preguntó con preocupación al notar la palidez de mi piel, invitándome a sentar en el borde de la tumba, dejando que el resto del grupo se alejara.

—Estoy bien, no es necesario llamar a nadie. Tal vez es solo fatiga, hace mucho calor.

—Puede ser.

El silencio se hizo presente mientras yo recuperaba mi calma ante la mirada escrutadora del joven a mi lado, aún preocupado por mi estado. Sentimientos encontrados me embargaban, impidiéndome pensar con claridad y dejándome sin saber bien qué hacer, qué paso dar a continuación. Una parte de mí me decía que debía huir para evitar pasar nuevamente por una despedida como la de meses atrás, para no tener que sentir ese vacío que con nada podía llenar. Por otra parte quería quedarme, ansiaba descubrir qué unía a ese chico con Jorge.

—Me llamo Amira —dije al recordar que no me había presentado aún.

—Lindo nombre.

—Vas a perder el tour si te quedas aquí más tiempo —le avisé viendo cómo los demás continuaban con el paseo.

—No importa, es más interesante aquí —contestó mirando la tumba—. ¿Habías escuchado antes su historia?

—No, ¿por qué?

—Porque te veías muy interesada, incluso te quedaste a ver cómo se llamaba y todo, te veías preocupada por la vida que Jorge tuvo, más que su propia familia.

—Supongo que no a todos les gusta tener a alguien en su condición como miembro familiar.

—Lo mismo decía mamá —comentó él.

La forma en que hablaba de la tumba me extrañó. Entonces comencé a sacar conclusiones, su parecido con él, el hecho de que se haya interesado en alguien que miraba una tumba específica y comentar sobre la familia de Jorge como si fuera propia. Era uno de sus descendientes y debía saber varios detalles de su antepasado porque historias como esa quedan grabadas y se tienden a mantener. Las ovejas negras eran difíciles de olvidar y lamentaba que Jorge formara parte de ese grupo.

—Eres su familiar ¿cierto?

—Sí, tátara-tátara nieto.

—¿Qué pasó con él? —pregunté sintiendo la preocupación crecer en mí. Quería escuchar un relato más alentador que el del guía, aunque sabía

que ello sería difícil.

—Por lo que mamá me ha contado, empezó poco después de casarse. Su mujer encontró una carta dirigida a otra mujer, una Kelly, Kemi, algo así, un nombre raro —tragué duro al saber que dicha correspondencia era para mí—. Creo que su matrimonio no fue muy feliz, supongo que nadie podría serlo si piensas que tu pareja está enamorada de otra persona. Nunca hablaba de la mujer, pero a su hijo le hablaba de una supuesta aventura que él vivió en el futuro como si fuera un cuento, hasta que un día en medio de una discusión dio a entender que esa historia fue real. Lo internaron, pero no tuvo remedio. Por eso lo enterraron aquí y no junto a su familia o, por lo menos, su esposa.

—Como si lo hubiesen desterrado.

—Exacto.

Mi visión se tornó borrosa por culpa de las lágrimas que anegaron mis ojos, listas para salir en cualquier momento. Definitivamente Jorge no tuvo una vida feliz después de todo y no podía evitar sentirme culpable por su destino, por haberlo impulsado a terminar en un lugar tan escalofriante como lo eran los psiquiátricos en esos tiempos, por haberme apegado a él y haber hecho que él sintiera lo mismo. Una mano apretó la mía y entonces recordé que no estaba sola y que, además, no había motivo para que llorara frente a la tumba de alguien ya fallecido hacía más de cien años.

—Eres muy empática —comentó con una media sonrisa—. De haber sabido que te afectaría tanto saber la historia mejor no te la decía y te hablaba de algo más agradable. Tal vez como esa máquina del tiempo que dicen que construyó un chileno hace poco ¿no te parece loco?

—Depende, ¿te parece loco a ti que mi segundo nombre sea Akemi y me digan Kemi?

Nos quedamos callados mirándonos mutuamente, él confundido tratando de asimilar lo que acababa de contarle, como si se tratara de la ecuación matemática más compleja del mundo.

—Estás jugando conmigo —comentó con una risa nerviosa mientras pasaba una mano por su pecho, como si así lograra calmarse un poco.

—Si quieres te muestro mi carnet

—Qué coincidencia —murmuró finalmente luego de decidir creerme.

—Mi papá es el chileno que construyó la máquina del tiempo.

La confesión nos costó otros segundos de silencio mientras él digería la información que recién le contaba, probablemente sintiendo que se trataba de algo imposible. Dejé que asimilara todo, procesara la información hasta que se sintiera listo para hablar nuevamente.

—O sea que él nunca estuvo loco —concluyó finalmente, confirmando su sospecha—. Comienzo a sentir rabia por cómo lo trataron en su época —esperaba que siguiera con una mirada de rabia para mí por ser la culpable de la vida que llevó su antepasado. En vez de eso, me miró con curiosidad, como si quisiera saber más de mí.

—Yo también.

—Me imagino que sí —suspiró y luego de una pausa continuó—. Qué loco el destino de encontrarnos aquí la novia y el descendiente de este hombre.

—Nunca fui su novia —aclaré sintiéndome de pronto avergonzada.

—Pero él te quiso así.

No nos volvimos a incluir al tour, preferimos quedarnos ahí a charlar, ya no de la vida de un muerto con una vida injusta y desdichada por mi culpa, sino que de nosotros mismos, marcando el inicio de un nuevo capítulo en mi vida.

Capítulo 11

Mi respiración se volvía forzosa y mi cuerpo pesado. Una mano apretaba la mía y la acariciaba, como si con ese gesto intentara aferrarme a la vida. Sin siquiera abrir los ojos sabía que se trataba de Elena, quien incansablemente durante varios años intentó hacer que regresara a la realidad y volviera a tomar sentido en mi vida. La mujer que trató enamorarme después de casados, sin lograr de mí nada más que el cariño amigable y la compañía que le podía dar.

Sabía también que en la habitación se encontraba Edison, mi hijo, listo para despedirme y dejarme marchar. Sin embargo, había algo que no sabía, esas imágenes, esos recuerdos de una chica de cabello negro, ojos café oscuro, vestida con pantalones y camisas sin botones que me explicaba cómo sacar agua girando una llave. A la misma la veía en una sala oscura comiendo de un paquete gigante, caminando conmigo por un lugar con mucha gente, algunos abrazándose y besándose, y luces por doquier iluminando cada rincón de ese lugar. Todos me decían que eso no fue real, que solo fue un sueño, algo fruto de mi imaginación que me jugó una mala pasada. Si así fue, no entendía cómo lo sentía tan real, como si algo muy fuerte me uniera a esa joven extravagante y de comportamiento extraño. Como si aún pudiera sentir sus brazos alrededor de mí.

—¿Necesitas algo, querido? —Escuché a Elena preguntar con cierto grado de preocupación en su voz.

—No...

Abrí mis ojos y la miré, intentando encontrar en ella un parecido con la joven de mi sueño. Su cabello ya estaba canoso y seguía vistiendo esos vestidos anticuados con algunas capas de falsos bajo la falda para que tuviera más volumen. Su forma de andar y comportarse siempre fue recatada y femenina, nunca muy efusiva con sus sentimientos aun cuando quería lograr que yo la amara o cuando intentaba mostrar algún gesto de amor a su hijo. Nada en ella tenía parecido con la joven, a la que recordaba en mis brazos pidiéndome que no me fuera. La chica que me hizo sentir cosas que nunca más volví a experimentar.

—No me iré —susurré a ella, pero ella ya no estaba.

—Debes estar tranquilo, cariño. Irás a un lugar mejor —intentó calmarme Elena.

Recordé la máquina del tiempo, esa cápsula en la que me metí a escondidas para ver de qué se trataba. Recordaba mi miedo al verme descubierto por su dueño y su historia del futuro y las pruebas que necesitaba para comprobar la efectividad de su invento, relato que no creí

hasta que vi todo afuera cambiar hasta hallarme en una habitación completamente diferente, en compañía de aquel hombre, Cristián. Mi sorpresa y pánico al encontrarme en un lugar desconocido, las palabras que me dijo para intentar explicarme qué sucedió y la posterior llegada de su hija, todo era demasiado real como para ser mentira.

—Kemi.

—Fue un sueño no más, Jorge —insistió mi mujer en un intento por hacerme entrar en razón incluso en mis últimos momentos de vida. Porque sabía que ya no me quedaba mucho, que pronto llegaría el momento y me marcharía sin haber comprobado si esa historia fue real o sueño como decían los médicos.

Mi respiración se tornó más dificultosa y mi cuerpo más pesado, ya no podía si quiera mover un dedo y así supe que mi hora había llegado. Ya no ocasionaría más problemas y vergüenza a mi familia, a quienes deshonré sin intención de malicia. Poco a poco fui sintiendo cómo me volvía libre y ya no sentía la mano de Elena que intentaba aferrarme a la vida sin éxito. Ya no más terapias, no más sufrimiento, no más dudas.

Y entonces la vi, Kemi, sentada junto a un joven con un extraño parecido a mí. Supe que no fue solo un sueño y que ella realmente existió o existirá en algún momento. Así me pude ir con una sonrisa, porque por lo menos a ella no le fue tan mal en la vida.